LA CANCIÓN DE ROLANDO

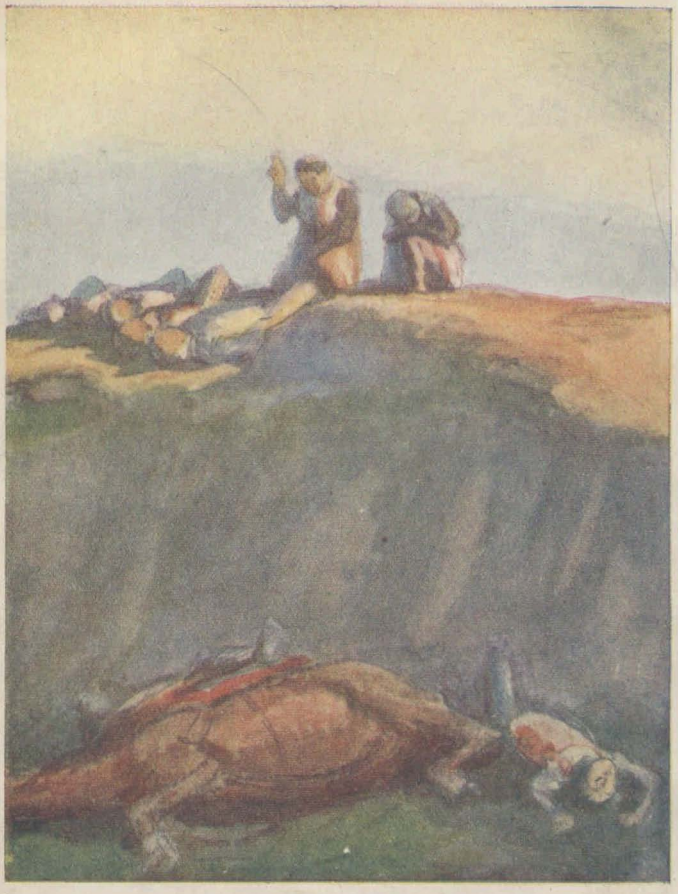
COLECCIÓN ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

La Canción de Rolando

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY



—¡Dios misericordioso reciba vuestras almas!

20.251

LA CANCIÓN

DE

ROLANDO

POR

H. E. Marshall

con ilustraciones de L. D. LUARD

VERSIÓN ESPAÑOLA DE MANUEL VALLVÉ

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

SEGUNDA EDICION

CASA : EDITORIAL : ARALUCE

CALLE DE LAS CORTES, 392 : BARCELONA

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de **"Colección de obras maestras al alcance de los niños"** *dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguense dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.*

El Vicario Capitular:
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría
Dr. P. VALLÉS, Pbro
Pro.-Scrio.

Nihil osbtat

El Censor

Fran.co de P. Ribas y Servet

PRESBITERO

Barcelona 21 Octubre de 1914

Imprímase

El Vicario Capitular,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de S. Sría.,
Lic. Salvador Carreras, Pbro.
Scrio. Canc.

PRÓLOGO

Esta historia ha sido tomada de «LA CANCIÓN DE ROLANDO», llamada así porque la primera vez que se consignó por escrito, se hizo en verso. Hace de ello algunos centenares de años, pues esta leyenda se remonta al siglo VIII. Luego se puso música a los versos y fué cantada al son de la arpa por los ministriles y trovadores que iban de pueblo en pueblo y de castillo en castillo, entonando cantos de amor, de guerras y de gloriosas muertes.

En aquellos tiempos, en que los libros eran rarísimos y poca gente podía leerlos, el pueblo aprendía la historia de su propio país y se enteraba de la de sus héroes y de los principales acontecimientos, por boca de los trovadores.

La historia de Rolando fué cantada, pues, por uno y otro trovador, y luego relatada de padres a hijos, y con frecuencia se alteraban los hechos de la misma. A veces, un cantor olvidaba una parte y otro, que tenía más fantasía, le añadía algo de su cosecha, y por esta razón, hasta que fueron escritas las historias de aquellos tiempos sufrieron no pocas modificaciones.

En aquella época no había imprentas y las gentes que se dedicaban al oficio de copistas, añadían o quitaban a su antojo. En otras ocasiones un gran poeta recogía una tradición y la relataba de un modo completamente distinto, y de esta suerte fué entretejiéndose la historia y la leyenda hasta tal punto, que fuera imposible distinguir lo acaecido de lo fantástico.

Y esto es lo que sucedió con la historia que ahora voy a relataros. Carlomagno, el gran rey de que en ella se habla, es un personaje histórico que ha existido realmente. Era muy sabio y poderoso y vivió hace unos mil años. Gobernó un vasto imperio que se extendía desde los límites de España hasta más de la mitad de la actual Alemania.

Sabemos por la historia que Carlomagno vino a España a combatir contra los sarracenos y que al regresar a su país fué derrotado. En cuanto al resto de la historia de Rolando, es una pura fantasía que ha llegado hasta nosotros, a través de las edades, en forma de poema caballeresco a que tan aficionados fueron nuestros remotos antepasados.

E. MARSHALL.

ÍNDICE

Página

Cap. I.—El Consejo del Rey Marsín 9
II.—El Consejo del Emperador Carlomagno . 15
III.—La traición de Ganelón 27
IV.—La arrogancia de Rolando. 45
V.—Rolando toca el Olifante 57
VI.—Muerte de Oliveros 68
VII.—Muerte de Rolando 78
VIII.—Regreso de Carlomagno 86
IX.—Llegada del Emir de Babilonia . . . 95
X.—Castigo de Ganelón 110

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

—¡Dios misericordioso reciba vuestras almas! Frontispicio

Página

—Te odio—gritó Ganelón 26
El perro combatía furiosamente contra el leopardo. 41
Chernuble, el poderoso campeón del Rey Marsín . 49
Con toda la fuerza que restaba a su cansado cuerpo, tocó el Olifante 65
Furtivamente se arrastró hasta hallarse al lado de Rolando 80
Vió que estaba muerta 112
El pueblo lo maldecía al pasar 120

La Canción de Rolando

CAPÍTULO I

EL CONSEJO DEL REY MARSÍN

DURANTE siete largos años, el gran Emperador Carlomagno estuvo combatiendo en España contra los sarracenos y desde una a otra costa conquistó el país. En todas partes los infieles se sometieron a él, acatándolo por Rey y a Jesucristo por Dios. Unicamente la hermosa ciudad de Zaragoza, rodeada de colinas, no había sido tomada. Por esta razón, una vez Carlomagno hubo conquistado la ciudad de Córdoba, marchó contra Zaragoza.

El Rey Marsín no sabía cómo salvar la ciudad del asalto que Carlomagno iba a dar, así es que un día se sentó en su trono de mármol y llamó a todos los notables de su corte. El trono estaba colocado bajo un dosel formado por algunos

enormes árboles del vergel del Rey, y allí celebraba Consejo durante los calurosos meses del estío.

—Señores—dijo:—el gran Emperador Carlos de Francia llega para sitiar nuestra ciudad. No tengo ejército bastante poderoso para salir a su encuentro, ni tampoco para resistir el asedio. Os ruego, pues, que me déis vuestra opinión acerca de lo que conviene hacer, para no ser víctimas de la muerte y la vergüenza.

Todos los cortesanos permanecieron silenciosos, porque, conocedores del gran poderío de Carlomagno, no sabían, en realidad, qué consejo dar.

Tras algunos momentos de silencio habló Blancandrín. Era caballero muy valiente y, entre todos los infieles allí reunidos, el más sabio y prudente, de manera que todos prestaron oído atento a sus palabras.

—Envía un mensaje al orgulloso y altanero Carlos—dijo.—Prométele tu amistad y hazle ricos presentes de leones, osos y perros; mándale también setecientos camellos y un millar de halcones bien amaestrados. Dale cuatrocientos mulos cargados de oro y plata, y llénale, además,

cincuenta carros de oro, de modo que tenga suficiente para pagar con esplendidez a sus hombres de armas; pero hazle decir al mismo tiempo: «Muchos años hace que estás ausente de Francia. Vuelve, pues, a tu hermosa ciudad de Aquisgrán y para la fiesta de San Martín iré a visitarte; me haré tributario tuyo y cristiano.» Carlomagno te pedirá, entonces, rehenes y daremos nuestros hijos. Yo estoy pronto para dar el mío y si muere, será preferible tal cosa a vernos arrojados de nuestra patria y morir de vergüenza y miseria.

Calló entonces Blancandrín y todos los caballeros exclamaron:

—¡Buen consejo!

—Y por mi larga barba os juro—continuó el caballero,—que veréis marcharse a todos los francos a su país. Llegará el día de San Miguel y Carlomagno habrá preparado grandes fiestas en tu honor. Pero irán pasando días y tu no irás. Entonces, como el Emperador es terrible en su cólera mandará matar a los rehenes, pero, como yo he dicho, tal cosa es preferible a finir nuestra vida en el destierro y en la miseria.

—¡Muy bien! ¡Ésta es también nuestra opi

¡enal—exclamaron todos los caballeros sarracenos.

—Pues hágase tal como queréis—dijo el Rey Marsín.

Luego llamó a diez de sus nobles y les dijo:

—Id con Blancandrín llevando ramas de olivo en símbolo de paz y sumisión y decid al gran Carlos que por amor de Jesucristo tenga piedad de mí y no me haga la guerra. Decidle, además, que antes de un mes me presentaré ante él para postrarme a sus pies y pondré mis manos en las suyas jurándole fiel vasallaje. Entonces me haré bautizar y seré cristiano para siempre más.

Así habló el Rey Marsín, disfrazando lo que sentía su corazón, pues no pensaba cumplir ninguna de estas promesas.

—Perfectamente—dijo Blancandrín;—la paz es así segura.

Entonces los mensajeros montaron sobre blancas mulas cuyos arneses eran de oro y las sillas de plata, y empuñando sendos ramos de olivo, emprendieron el camino hacia el campamento cristiano del Emperador Carlomagno, seguidos de gran número de esclavos que llevaban ricos presentes.

CAPÍTULO II

EL CONSEJO DEL EMPERADOR CARLOMAGNO

El Emperador Carlomagno estaba muy satisfecho de haber podido conquistar la ciudad de Córdoba después de rudo combate. Las murallas cayeron en ruinas y las torres y torrecillas que guardaban la ciudad fueron arrasadas por los proyectiles lanzados por las máquinas de guerra del Emperador. En la ciudad, sus hombres hallaron gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas, hermosas armaduras y armas de mucho valor, que fueron la recompensa de las muchas batallas libradas.

Pero lo que más contentaba al Emperador Carlomagno, era que ya no había ningún infiel en la ciudad, porque los que no consintieron en ser bautizados fueron condenados a muerte. Este era el proceder del gran Emperador: que en casos semejantes, daba a los prisioneros a elegir entre vivir como cristianos o morir como infieles.

Y a la sazón, descansando de las fatigas de la batalla, el gran Carlos estaba en un florido

vergel, rodeado por sus esforzados campeones. La mayor parte eran ancianos y sabios, con largas barbas que les daban venerable aspecto. Sentados sobre bonitas alfombras hablaban entre sí de las hazañas llevadas a cabo o jugaban al ajedrez. En cuanto a los más jóvenes, algunos luchaban o corrían y otros ejercitaban sus fuerzas a la sombra de los árboles. Entre éstos se hallaba el sobrino del Emperador, Rolando, el más valiente caballero de Francia, en compañía de su íntimo amigo Oliveros, también hazañoso caballero.

Mientras el Emperador Carlomagno y sus nobles estaban en el vergel, en la forma descrita, llegaron Blancandrín y su cortejo, montados en las blancas mulas. Desmontaron e hicieron reverencia al cristiano monarca. Luego Blancandrín se adelantó e inclinándose ante Carlomagno le dijo:

—El valiente Rey Marsín me manda aquí con ricos y raros presentes. Te promete por mi boca rendirte pleito homenaje, poner sus manos en las tuyas, jurarte fidelidad y hacerse cristiano. Pero ya has estado mucho tiempo ausente de tu hermoso reino de Francia. Regresa, pues,

y allí irá el Rey Marsín a rendirte homenaje.

Cuando Blancandrín acabó de hablar, el Emperador inclinó pensativo la cabeza. Nunca hablaba sin antes reflexionar bien y entonces tardó, tal vez más de lo ordinario, en contestar al mensajero que a sus pies estaba arrodillado. Todos los que le rodeaban, permanecían silenciosos esperando su respuesta.

Al cabo de unos instantes, Carlomagno alzó la cabeza.

—Has hablado bien—dijo a Blancandrín,—pero el Rey Marsín es gran enemigo mío. Tus palabras son agradables, pero ¿cómo voy a convencerme de que son verdaderas?

Esto ya lo había previsto Blancandrín, que contestó:

—Te daremos rehenes, diez, veinte, el número que quieras. Te daré a mi propio hijo y si no guardamos la fe prometida, si el Rey Marsín no va a tu país a recibir el bautismo de Jesucristo, puedes hacer matar a nuestros rehenes.

Así sea—replicó el Emperador;—me parece que el Rey Marsín aún puede esperar gracia por sus pecados.

Entonces, como era ya la hora del crepúscu-

lo y llegaba la noche, el Emperador dió órdenes para que los sarracenos fueran dignamente alojados y para que se les tratara con toda la consideración y respeto que merecían tan nobles huéspedes.

Así pasó la noche y a la mañana siguiente, muy temprano, se levantó el Emperador y después de haber rezado sus oraciones, reunió a sus nobles para celebrar Consejo.

—Señores y barones—dijo:—el Rey Marsín me ha enviado mensajeros encargados de hacerme proposiciones de paz y de entregarme ricos presentes. Promete rendirme vasallaje y ser bautizado en nombre de Cristo, Nuestro Señor. Para ello irá a Francia si desisto de sitiar la ciudad. Decidme ahora: ¿cómo podré saber si me habla con sinceridad o si solamente trata de engañarme?

—¡Cuidado con él, cuidado! —gritaron los francos.

Reinó entonces un corto silencio y se levantó el Conde Rolando. Sus mejillas estaban teñidas de carmín y en los ojos se pintaba la cólera que sentía.

—¡No prestes crédito a tal traidor!—gritó.—

Siempre fué desleal. Ya recordarás que en otra ocasión, también te mandó falsos mensajeros que llevaban ramos de olivo en las manos y la mentira en los labios. Y cuando fueron a verlo dos de tus caballeros, les hizo cortar la cabeza. No le hagas ahora caso y acaba la obra comenzada. Prosigue tu empeño y sitia a Zaragoza y si el asedio debiera durar toda tu vida, no la emplearías mal, vengando en Marsín la muerte de tus dos fieles caballeros. ¡Guerra! ¡guerra!

El Emperador inclinó la cabeza. Con sus dedos retorcía los mechones de su blanca barba y no contestó a su sobrino. Los nobles circunstantes permanecieron también callados.

Entonces habló un caballero llamado el Conde Ganelón. Su mirada era altanera y con orgulloso gesto se acercó hasta el trono.

—No tomes este loco consejo—dijo.—Piensa más bien en tu propia conveniencia. Creo que debes aceptar los presentes y las promesas del Rey Marsín. El que te aconseje rehusar es un loco y no piensa que, el hacerlo, puede ser causa de la muerte de muchos de nosotros. No sigas un consejo inspirado por un orgullo, y escucha preferentemente la opinión de las gentes sensatas.

Y después de pronunciar estas palabras, lanzó una mirada de odio a Rolando.

Entonces se levantó un hombre anciano. Era el Duque Naymes de Baviera. Su rostro estaba surcado de arrugas y cubierto en parte por larga y venerable barba blanca. Entre los consejeros del Emperador, ninguno había como él de tan buen consejo.

Volviéndose hacia su soberano, le dijo:

—Has oído las palabras del Conde Ganelón y en verdad que encierran un sabio consejo digno de ser seguido. El Rey Marsín ha sido vencido en la guerra. Has tomado todos sus castillos; las murallas de sus plazas fuertes han caído ante tus máquinas de guerra; sus ciudades han sido incendiadas y sus hombres derrotados. Hoy te ruega que le otorgues el perdón y, rehusándoselo, te perjudicarás a tí mismo. Te aconsejo, pues, que mandes a uno de tus caballeros a parlamentar con el Rey Marsín, porque ya es tiempo de acabar esta guerra y de regresar a nuestro país.

Entonces los francos gritaron:

—¡Bien dicho!

—Señores y barones—dijo el Emperador,—¿quién irá a Zaragoza?

—Yo iré con el mayor gusto—contestó el Duque.—Dame tu guante y tu cetro, como símbolos de tu autoridad, y déjame marchar.

—No — contestó el Emperador, — eres muy buen consejero y, por mi barba, no quiero que te alejes de mí. Te mando, pues, que te sientes.

El Duque Naymes obedeció en silencio y de nuevo habló el Emperador.

—Señores y barones, ¿a quién mandaremos?

—¡A mí!—gritó Rolando—¡iré con el mayor gusto!

—¡No!—contestó Oliveros, adelantándose.—Eres demasiado arrebatado y serías mal mensajero. Si el Emperador quiere, iré yo.

—¡Silencio los dos!—gritó Carlomagno.—Ni uno ni otro irá y, por mi blanca barba, juro que tampoco ninguno de mis doce Pares.

Rolando y Oliveros eran dos de los más nobles y mejores caballeros de Carlomagno conocidos por el nombre de Pares de Francia.

En vista de la cólera del monarca los francos guardaron silencio. Entonces, de entre los caballeros, se adelantó Turpín, el anciano Arzo-

bispo de Reims, y con su clara y fuerte voz, dijo:

—Señor, tus caballeros y barones han sufrido mucho durante estos siete largos años. Déjalos, pues, descansar y dame tu guante y tu cetro. Iré a presentarme al Rey sarraceno y le hablaré lo mejor que sepa.

—No—dijo el Emperador más irritado todavía, —tampoco quiero que vayas tú. Siéntate y no vuelvas a hablar hasta que te lo mande.

Y volviéndose de nuevo a sus caballeros, les dijo:

—¡Mis Pares de Francia, elegid vosotros mismos al que debe llevar mi mensaje al Rey Marsín!

—¡Ah!—dijo Rolando—ya que no quieres que vaya yo, manda a mi padrastro Ganelón. No podrás hallar mejor caballero ni hombre más sensato.

—¡Muy bien!—gritaron todos.—Realmente no cabe mejor elección.

—Bueno—repuso el Emperador;—sea, pues, Ganelón el que vaya. Acércate, Conde, a tomar el guante y el cetro. Los Pares te han elegido, ya lo oyes.

Ganelón, al oir las anteriores palabras, se quedó clavado en su sitio y lleno de ira.

—Esto es obra de Rolando—se dijo;—pero me vengaré de él y de Oliveros su amigo. También caerá mi venganza sobre los doce Pares, sus compañeros.

El Emperador, al ver que permanecía inmóvil, le dijo irritado:

—Ganelón, te he mandado que te acerques y te renuevo mi mandató.

—Obedezco, Señor—contestó el Conde con mal reprimida cólera;—obedezco para ir a morir como murieron los dos caballeros que fueron antes que yo a parlamentar con el Rey Marsín, porque ya sé que si voy a Zaragoza no regresaré.

Y viendo que sus palabras no inducían al Emperador a revocar su mandato, empezó a decir humildemente:

—No olvides que tu hermana es mi esposa. No olvides tampoco a mi hijo. ¡Oh, mi querido niño! Si vive será un noble caballero y a mi muerte poseerá mis tierras y riquezas. Sé bueno para él y ámalo porque ya no lo veré nunca más.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

—Ganelón—interrumpió Carlomagno burlonamente,—me parece que estás sobrado enternecido. Si te he mandado que vayas, es para que cumplas mi orden.

Entonces la cólera del Conde Ganelón no reconoció límites. Con un violento movimiento de hombros, echó hacia atrás los pliegues de su capa y dejó al descubierto el traje de seda que llevaba debajo. Era muy alto y arrogante. Volvióse a Rolando con la mirada centelleante y le dijo:

—¿A qué viene este odio que me profesas, miserable? No finjas, que todo el mundo conoce la causa. Soy tu padrastro y por esta causa me has condenado a muerte, proponiéndome para que vaya a parlamentar con el Rey Marsín. Pero espera—y al decir estas palabras su cólera fué en aumento,—espera, que si el Cielo quiere que regrese, pagarás durante toda tu vida el mal que me has querido hacer ahora.

—Eres un fanfarrón—repuso burlonamente Rolando.—Ya sabes que no hago ningún caso de tus amenazas. Ten presente, además, que si te he propuesto para parlamentar con el Rey Marsín, es porque el mensaje del Emperador requie-

re ser llevado por un hombre de juicio y he creído que no existía otro mejor que tú para el caso; pero, si tanto te arrepientes de ir, y el Emperador lo consiente, iré en tu lugar.

Mas estas palabras no consiguieron aplacar el furor del Conde Ganelón.

—No eres mi vasallo ni yo tu señor—dijo al joven.—El Emperador me ha mandado ir a Zaragoza y debo obedecer. Pero ten por seguro que me vengaré de tí y de tus compañeros.

Al oir esta amenaza, el Conde Rolando se echó a reir con toda su alma.

El Conde Ganelón, esforzándose en aparecer sereno, se volvió al Emperador y le dijo:

—Gran Carlos, estoy a tus órdenes.

—Muy bien, Conde—contestó el Emperador —Este es mi mensaje al Rey Marsín. Dile que deberá hincar la rodilla ante el buen Jesucristo y ser bautizado en su nombre. Entonces le daré en feudo la mitad de España. Sobre la otra mitad deberá reinar mi amado sobrino Rolando. Si Marsín no acepta estas condiciones marcharé contra Zaragoza. Sitiaré y tomaré la ciudad, y atado de pies y manos, lo llevaré a mi real sitio de Aquisgrán. Allí será juzgado y sufrirá una

muerte infamante. Aquí está mi carta que he sellado con mi real sello. Entrégala a manos del Rey infiel.

Carlomagno tendió al Conde la carta y su guante derecho. Pero Ganelón, cegado aún por la cólera y sin saber lo que hacía, al arrodillarse para tomar lo que le daba el Emperador, dejó caer al suelo el guante que le tendía. Al verlo, todos los francos exclamaron:

—¡Mal presagio! ¡Esto nos va a dar mala suerte!

—Pronto lo sabréis—les dijo Ganelón.

Y dirigiéndose al Emperador, le pidió permiso para marchar, añadiendo:

—Ya que debo irme, ¿para qué aguardar? Dejadme partir inmediatamente.

El Emperador levantó su mano e hizo la señal de la cruz.

—Ve—dijo—en nombre de Jesucristo y en el mío.

Y dándole luego su maza de combate, lo despidió.

Sin dirigir una mirada a los Pares que estaban allí reunidos, ni pronunciar una palabra de despedida, giró sobre sus talones y se fué a su alo-

jamiento. Allí cubrió su cuerpo con una hermosa armadura. A sus pies iban sujetas espuelas de oro y una capa de seda recamada de ricas pieles, flotaba sobre sus hombros. Murglies, su famosa espada, colgaba de su cinto y cuando hubo terminado su tocado montó sobre su caballo Tachebrun. Muchos caballeros fueron a despedirse de él y algunos le pidieron permiso para acompañarlo, porque todos eran valientes y atrevidos y se sentían atraídos por las empresas peligrosas. Pero Ganelón no aceptó tales ofrecimientos.

—¡No quiera Dios que consienta en que alguien me acompañe! ¡Bastante hay con que muera yo solo! Pero vosotros, señores, regresaréis a Francia, y yo, seguramente, no veré más los montes de mi patria. Sed entonces defensores de mi esposa e hijo. Defendedlos y haced valer sus derechos cual si fueran los vuestros.

Y dichas estas palabras, hizo un ademán de despedida y con la cabeza baja fué a reunirse a los mensajeros sarracenos que lo aguardaban.

Durante el camino se sintió invadido de tristeza. Recordaba a la hermosa Francia que ya no vería más y con mayor pena pensaba todavía en su bella esposa y en su tierno hijo, a los cuales,

sin duda, no podría estrechar más entre sus brazos. Entonces una oleada de envidia invadió su corazón al pensar que todos sus compañeros regresarían a su patria, en tanto que él solo, entre todos los demás, sería víctima de los sarracenos.

—Te odio—dijo Ganelón

CAPÍTULO III

LA TRAICIÓN DE GANELÓN

GANELÓN y Blancandrín proseguían su viaje a través de olivares y viñedos y de pronto el sarraceno empezó a decir astutamente:

—Tu Emperador es, en verdad, un maravilloso caballero. Ha conquistado el mundo de uno a otro mar. Y ahora, ¿para qué viene a nuestro país? ¿Por qué no nos deja en paz?

—Porque tal es su voluntad—contestó Ganelón.—No hay en la tierra hombre tan grande como él. Nadie es capaz de oponerse a sus designios.

—Vosotros, los francos, sois realmente hombres muy nobles, pero vuestros condes y barones merecen reproches si aconsejan al Emperador que nos hagan la guerra.

—No hay ninguno digno de reproche por este concepto, exceptuando a Rolando. Su orgullo tendrá seguramente castigo. ¡Ha de perecer a manos de un asesino! ¡Ojalá que fuera pronto y así tendríamos paz!

—¿Es muy cruel Rolando?—preguntó Blancandrín.—Seguramente cuenta con la ayuda de los nobles, ¿verdad?

—Sí, todos los francos lo aman de tal modo, que están persuadidos de que no puede errar. Les ha dado muchas joyas y gran cantidad de dinero y por eso lo sirven. Ha hecho ricos presentes al mismo Emperador y, ciertamente, no descansará hasta haber conquistado toda la tierra del Este al Oeste.

El sarraceno miró a Ganelón con el rabillo del ojo. El Conde era un verdadero caballero, pero la envidia y rabia que entonces sentía, habían ahogado en él todos sus buenos y nobles sentimientos.

— Oye — dijo quedamente Blancandrín. — ¿Quieres vengarte de Rolando? Si acaso lo deseas, entréganoslo, por Mahoma. El Rey Marsín es muy generoso y por semejante acto te daría, seguramente, incontables tesoros.

Ganelón oyó la tentadora promesa del sarraceno, pero prosiguió su camino como si no hubiera entendido tales palabras, con la barba hundida en el pecho y la mirada sombría.

Pero antes de terminar el viaje y de llegar a

Zaragoza, el caballero sarraceno y el cristiano habían formado un complot para lograr la ruina de Rolando.

Finalmente, se terminó la jornada y Ganelón se inclinó ante el Rey Marsín, que lo aguardaba sentado en un trono de mármol cubierto de rico tapiz de seda y colocado a la sombra de un copudo árbol de su vergel. A su alrededor los nobles aguardaban en silencio que Blancandrín diera cuenta del resultado de su mensaje. Éste, inclinándose, se acercó al trono, llevando de la mano a Ganelón.

—Mahoma te guarde, ¡oh, Rey Marsín! He dado cuenta de tu mensaje al poderoso Rey cristiano, el cual, por toda respuesta, levantó sus manos al Cielo y dió gracias a su Dios. Pero conmigo ha mandado a uno de sus nobles, un poderoso de Francia, el cual está encargado de transmitirte la contestación que debe traernos la paz o la guerra.

—Que hable—dijo el Rey Marsín—y le escucharemos.

—Salud—dijo Ganelón—en nombre del Dios glorioso que todos debemos adorar. Oye, pues, el mandato de Carlomagno. Tú, ¡oh, Rey! debes

abrazar el cristianismo y, en recompensa, el Emperador Carlomagno te dará en feudo la mitad de España. Sobre la otra mitad reinará el Conde Rolando, un altivo compañero para tí. Si no aceptas estas condiciones, Carlomagno sitiará Zaragoza y serás llevado cautivo a Aquisgrán, en donde tendrás vergonzosa muerte.

Al oir estas palabras, el Rey Marsín se puso pálido de ira. En su mano tenía un dardo de oro e hizo ademán de arrojarlo a Ganelón. Pero el caballero puso su mano en el pomo de su espada y la sacó a medias de la vaina.

—Espada mía—exclamó,—eres brillante y hermosa. Muchas veces te he llevado en la corte de mi monarca y no quiero que se diga nunca que he muerto solo en tierra enemiga, sin antes haberte hundido en el pecho del más valiente de todos.

Durante pocos instantes, el Rey y el caballero cristiano se miraron uno a otro sin pronunciar palabra alguna. Inmediatamente se oyeron los gritos de los circunstantes, que decían:

—¡Separadlos! ¡Separadlos!

Los sarracenos de más calidad se interpusieron entre su Rey y Ganelón.

—Has hecho mal en levantar tu mano contra el caballero cristiano—dijo el califa de Marsín, conteniéndolo.—Antes es preciso que oigas lo que debe decirte.

—Señor—dijo altivamente Ganelón,—¿te figuras que todas las amenazas del mundo me obligarán a callar el mensaje que mi Emperador Carlomagno manda a su mortal enemigo? Hablaré aun cuando todos estén contra mí.

Y sosteniendo con la mano derecha el puño de su espada, con la izquierda se quitó el manto que lo cubría y lo arrojó a los pies del trono. Entonces se irguió y su actitud altiva y digna, suscitó la admiración de todos.

—¡Es un noble caballero!—gritaron los circunstantes.

Y volviéndose de nuevo al Rey Marsín, Ganelón le dió la carta del Emperador.

Cuando el Rey hubo roto el sello y leído la carta, su semblante se puso sombrío.

—Oíd, señores — dijo. — Porque en tiempos pasados dí muerte a dos caballeros cristianos, el Emperador me amenaza con su cólera. Además, me manda que le dé en rehenes a mi tío el Califa.

—¡Esto es obra de Ganelón!—exclamó uno de los caballeros—y por ello merece la muerte. Entrégamelo y haré justicia en él.

Y diciendo estas palabras oprimió el puño de su espada.

Con la rapidez del rayo, Ganelón desenvainó su buena espada Murglies y con la espalda apoyada en un árbol, para prevenir posibles ataques por aquel lado, se preparó a la defensa que, en aquellas circunstancias, iba a ser desesperada. Pero, de nuevo, la reyerta fué evitada, pues Blancandrín apartó a Ganelón.

Entonces, una vez apaciguados los ánimos, Blancandrín relató al Rey lo que había hecho y de qué manera, durante el camino, Ganelón prometió entregar a Rolando, que era el mejor guerrero de Carlomagno.

—En caso de que Rolando muera—acabó diciendo Blancandrín,—tendremos paz para lo venidero.

—Tráeme al caballero cristiano—ordenó Marsín.

Blancandrín fué a cumplir la orden y llevó a Ganelón a presencia de su soberano.

—Señor Ganelón—dijo el monarca,—impulsa-

do por la cólera he cometido una ligereza al levantar mi mano contra tí; pero te ruego que lo olvides, y como prueba de mi amistad, acepta este manto de cibelina. Vale quinientas libras de oro.

Y tomando la prenda que acababa de nombrar, la puso sobre los hombros de Ganelón.

—No puedo rehusar tu regalo—dijo el caballero.—¡Que el Cielo te recompense por él!

—Créeme, señor Ganelón—dijo el Rey Marsín,—te quiero bien, pero te recomiendo la mayor discreción sobre nuestras conversaciones. Quisiera oirte hablar de Carlomagno. ¿Es muy anciano, verdad? Creo que tiene más de doscientos años de edad. Debe de estar ya fatigado de tantas batallas y de haber humillado en el polvo a tantos reyes. Ahora, lo que debiera hacer, es reposar de sus fatigas en la hermosa ciudad de Aquisgrán.

Ganelón meneó la cabeza.

—No—dijo;—no es así, Carlomagno. Todos los que lo han visto han podido observar que es un verdadero guerrero. No sé cómo ponderarlo lo bastante por todas sus buenas cualidades, porque, en la tierra, no existe otro a la vez tan bra-

vo y bueno. Por mi parte, preferiría la muerte que dejar su servicio.

—Me maravilla lo que dices; pues, según mis noticias, Carlomagno era un hombre anciano y ya decrépito. Y no siendo así, ¿cuándo cesará en sus empresas guerreras?

—¡Ah!—dijo Ganelón—no dejará de guerrear mientras viva su sobrino Rolando. Bajo la bóveda celeste no existe barón tan espléndido ni orgulloso. Oliveros, su amigo, es también hombre muy valiente que ha realizado muchas proezas. Con ellos dos y los Pares de Francia restantes, Carlomagno no teme a hombre alguno.

—Bueno, señor Ganelón—dijo el Rey Marsín, observando la animosidad del cristiano,—¿cómo podremos matar a Rolando?

—Voy a decírtelo—contestó Ganelón.—Promete a mi Emperador hacer todo lo que te ordena. Mándale rehenes y presentes. Entonces regresará a Francia. Su ejército pasará por el valle de Roncesvalles y allí ya cuidaré yo de que Rolando y su amigo Oliveros manden la retaguardia. Ellos, sin duda, se entretendrán por aquellos lugares y entonces tú, con tu poderoso ejército, puedes caer sobre ellos. Con seguridad perderás

a muchos de tus caballeros, porque Rolando y sus amigos se batirán bien. Pero, finalmente, creo que obtendrás la victoria porque tus hombres serán más numerosos que los suyos. Rolando morirá, y, al darle muerte, cortarás el brazo derecho de Carlomagno. Entonces ¡adiós heroico ejército de Francia! Nunca jamás podrá Carlomagno reunir semejantes hombres y en España reinará la paz para siempre.

Cuando Ganelón hubo terminado de hablar, el Rey sarraceno le echó los brazos al cuello y le besó ambas mejillas.

Luego, volviéndose a sus esclavos, les mandó que trajeran gran cantidad de oro, plata y piedras preciosas y lo hizo poner todo a los pies de Ganelón.

—Pero júrame — dijo Marsín—que Rolando irá a retaguardia y que podré darle muerte.

Por toda respuesta, Ganelón puso su mano sobre la espada Murglies y juró por las sagradas reliquias que contenía, que haría todo lo prometido para que Rolando muriese.

Entonces un caballero sarraceno regaló a Ganelón una espada cuyo puño estaba materialmente cubierto de piedras preciosas, de manera

que al mirarlo los ojos quedaban deslumbrados.

—Procura que Rolando vaya a retaguardia y es nuestro—dijo.

Y besó a Ganelón en ambas mejillas.

En seguida, otro caballero sarraceno se acercó a Ganelón.

—Aquí está mi casco—exclamó presentándolo.—Es de fino acero y el más rico que se conoce en este país. Es tuyo, ya que te has comprometido a entregarnos a Rolando.

Y también besó a Ganelón.

Luego se presentó Bramimonda, la Reina. Era muy hermosa. Su cabello negro estaba sembrado de perlas y sus vestiduras de seda y oro arrastraban por el suelo. Llevaba en las manos multitud de piedras preciosas y quitándose además todas las riquísimas joyas que la adornaban lo entregó todo a Ganelón, diciéndole al mismo tiempo:

—Toma todo eso para tu bella esposa. Dile además que la Reina Bramimonda se las manda en pago del gran servicio que tú me has hecho.

Y derramó sus joyas entre las manos de Ganelón. Ésta fué, pues, la recompensa de la traición que cometió el Conde.

—¿Están prontos mis regalos para el Emperador?—preguntó Marsín a su tesorero.

—Sí, señor—contestó éste;—setecientos camellos cargados de oro y plata y veinte rehenes, los más nobles de la ciudad. Todo está listo.

Entonces el Rey pasó su mano sobre el hombro de Ganelón.

—Eres valiente y sabio—dijo,—pero en nombre de cuanto sea para tí sagrado, recuerda lo que me has prometido. Mira, te doy diez mulos cargados de ricos tesoros y cada año te mandaré la misma cantidad. Ahora toma las llaves de la ciudad, los tesoros y los rehenes que ya están preparados para tu Emperador. Hazle entrega de ello, dile que haré todo lo que me pide, pero no olvides tu promesa de que Rolando irá a la retaguardia.

Impaciente por marcharse, Ganelón hizo un brusco movimiento para evitar la mano del Rey que todavía estaba apoyada en su hombro y dijo:

—No me detengas más, señor.

Y después de haberse despedido, montó un caballo y emprendió el regreso.

Entretanto Carlomagno junto con su ejército, permanecían acampados en espera de la respuesta del Rey Marsín. Y una mañana, mientras estaba sentado ante su tienda rodeado de sus barones y Pares, apareció en lontananza una brillante cabalgata.

Al poco rato, el traidor Ganelón doblaba la rodilla ante él y empezó a relatar las mentiras que ya tenía imaginadas.

—Dios te guarde—exclamó.—Aquí traigo las llaves de Zaragoza, ricos y raros tesoros cargados en setecientos camellos y veinte rehenes de entre los más nobles de Zaragoza. El Rey Marsín me ha encargado decirte que no le guardes mala voluntad si no te ha mandado en rehén a su tío el Califa, pero éste ha muerto. Yo mismo ví cómo transportaban su cadáver a la costa.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Carlomagno. —Te doy las gracias, mi fiel Ganelón, por la diligencia y el acierto con que has cumplido mi encargo. Por fin he terminado esta guerra y podremos emprender el regreso a la hermosa Francia.

Dióse orden de tocar los cuernos y muy en breve el gran ejército, con los pendones flotando

al viento y las brillantes armaduras reflejando los rayos del sol, emprendió el camino marchando sobre la tierra cual caudaloso río.

Pero tras el ejército cristiano, a través de profundos valles y de sendas ignoradas, seguía el ejército sarraceno. Los caballeros infieles iban cubiertos de acero de la cabeza a los pies. De sus cintos colgaban sendas espadas, en las manos empuñaban fuertes lanzas y en sus corazones llevaban el odio hacia los cristianos. Y, por desdicha, los francos no sospechaban la menor cosa.

Cuando llegó la noche, los francos acamparon en la llanura. Y sobre las cimas de las montañas, ocultos en tenebrosos bosques, se hallaban los sarracenos observando a sus mortales enemigos.

En el centro de su ejército, descansaba el Emperador Carlomagno, y mientras dormía soñó que se hallaba en el valle de Roncesvalles lanza en mano. A él llegóse Ganelón, quien le quitó la lanza y la partió en dos trozos ante su vista. Al romperse, el arma hizo un espantoso ruido como el de un trueno. En su sueño, el Emperador se encolerizó sobremanera, pero no llegó a desper-

tarse. Pasó aquella visión y de nuevo volvió a soñar.

Entonces le pareció que se hallaba en su ciudad de Aquisgrán.

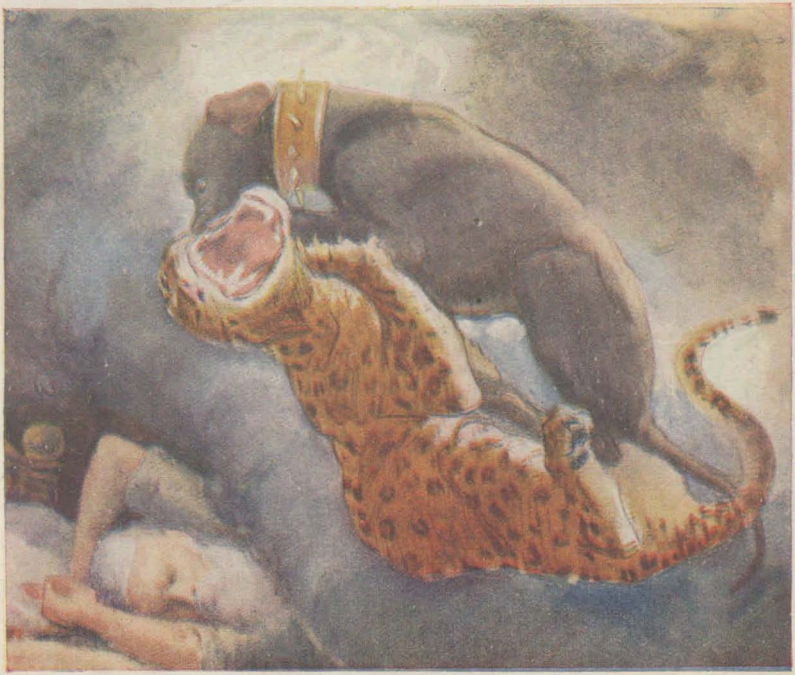
De pronto, salió un leopardo del bosque cercano y se echó sobre el monarca. Pero cuando sus fauces estaban cercanas al brazo del Emperador, un fiel perro saltó furiosamente sobre la fiera y la atacó con valentía. Los dos combatientes empezaron a revolcarse en el suelo y, rugiendo, se mordían furiosamente. Tan pronto llevaba la ventaja el perro como el leopardo. «¡Qué magnífico combate!»—gritaban los francos contemplando aquel espectáculo.

Pero el Emperador no llegó a saber cuál de los dos obtendría la victoria, porque la visión desapareció.

Pasó la noche y llegó la aurora. Se oyó el sonido de un millar de cuernos y todos los hombres de armas estuvieron en breve preparados a emprender la marcha.

Pero aun cuando regresaba a su querida patria, Carlomagno estaba triste y pensativo, reflexionando sobre los sueños que había tenido.

—Señores y barones—dijo a sus íntimos:—



El perro combatía furiosamente contra el leopardo

fijáos bien en el terreno que pisamos. Estos valles son muy profundos y mal estaríamos en ellos si los sarracenos, olvidando su juramento, cayeran ahora de improviso sobre nosotros. ¿A quién vamos a confiar el mando de nuestra retaguardia para poder marchar con seguridad?

—Da el mando a mi hijastro Rolando, pues no hay ninguno tan valiente como él—dijo Ganelón.

Al oir Carlomagno estas palabras, miró irritado a Ganelón, diciéndole:

—¿Por qué eres tan vengativo? Si doy el mando de la retaguardia a Rolando, ¿a quién voy a dar el de la vanguardia?

—A Ogier de Dinamarca—dijo prontamente Ganelón;—¿quién mejor?

Carlomagno habría deseado que Rolando no oyera las palabras de su padrastro, porque conocía el espíritu aventurero del joven, pero éste había oído perfectamente toda la conversación.

—Te doy las gracias, señor padrastro—dijo,—por haberme procurado un puesto de honor. Tendré buen cuidado para que el Emperador no pierda uno solo de sus hombres, y no desaparecerá ningún caballo de batalla, palafrén o mu-

la, sin que el matador o ladrón se haya llevado la paga en forma de estocadas.

—Lo sé perfectamente—contestó Ganelón,—y por esta razón te he propuesto.

Rolando se volvió entonces a Carlomagno y le suplicó que le confirmara el nombramiento.

Pero el Emperador con la cabeza baja reflexionaba, retorciendo al mismo tiempo los mechones de su barba como acostumbraba a hacer cuando estaba preocupado. Algunas lágrimas brillaban en sus ojos y guardaba silencio. Tanto era el amor que profesaba a Rolando y tan grande el temor de que le ocurriera algún suceso desagradable.

Entonces el Duque Naymes dejó oir su voz.

—Da, señor, el mando de la retaguardia a Rolando. Nadie mejor que él.

Silenciosamente, el Emperador concedió el permiso solicitado y Rolando marchó a tomar posesión del mando.

Ganelón sintió inmensa alegría al ver que su plan había tenido feliz éxito.

—Sobrino—dijo el Emperador,—la mitad de mi ejército está contigo.

—No, señor—replicó el joven con arrogancia.

—Sólo quiero veinte mil hombres. El resto puede ir tranquilamente con el grueso del ejército, y en cuanto a mí, no tengo nada que temer.

Ganelón estaba cada vez más satisfecho.

Así el poderoso ejército traspuso el valle de Roncesvalles sin miedo a ningún enemigo, porque ¿no mandaba la retaguardia el valiente Rolando? Con éste quedaron Turpín, el valeroso Arzobispo de Reims, todos los Pares y veinte mil caballeros, entre los mejores de Francia.

Al regresar el ejército a la querida patria, los corazones de todos rebosaban alegría, pues habían estado ausentes siete largos años y a la sazón iban a ver de nuevo a todos los seres queridos. Sólo el Emperador marchaba tristemente. Con su gesto habitual no paraba de retorcer su larga y blanca barba, mientras sus ojos destilaban algunas lágrimas. A su lado cabalgaba el Duque Naymes

—¿Tienes algún pesar, señor?—preguntó.

—¡Ay!—contestó el Emperador.—Francia ha sido traicionada por Ganelón. Esta noche he soñado que rompía mi lanza en dos trozos. Y este mismo Ganelón es el que ha hecho ir a mi sobrino a retaguardia. Y yo, por mi parte, lo he

dejado en tierra extraña. Si moría aquí, ¿dónde hallaría otro como él?

En vano el Duque Naymes trató de tranquilizar al Emperador. Éste rechazaba todo consuelo, y la verdad es que todos, por un sentimiento inexplicable, estaban llenos de tristeza, temiendo que sucediera algo malo a Rolando.

CAPÍTULO IV

LA ARROGANCIA DE ROLANDO

ENTRETANTO el Rey Marsín estaba reuniendo sus huestes. De todas partes acudieron a su llamada los caballeros sarracenos, impacientes por luchar, deseosos del honor de dar muerte a Rolando y jurándose todos, uno a otro, que ninguno de los doce Pares vería de nuevo el suelo de Francia.

Entre ellos había un fuerte campeón llamado Chernuble. Era enorme y feo y su fuerza tal, que podía levantar con facilidad un peso cualquiera que cuatro mulos arrastraran apenas. Su cara era negra como la tinta, con labios gruesos y repulsivos y la cabellera tan larga que le arrastraba por el suelo. Se decía que en la tierra que pisaba ya no daba más el sol, ni la lluvia la humedecía y que las piedras se convertían en carbón. Este campeón, pues, se unió al ejército, jurando que los francos iban a morir todos sin excepción.

Realmente, el ejército sarraceno tenía brillante aspecto cuando emprendió la marcha en bus-

ca de los francos. El oro y la plata centelleaban en sus armaduras, pendones blancos y purpúreos flotaban por sobre sus cabezas y un millar de cuernos hacían oir sus bélicos acordes.

El viento llevó a oídos de los caballeros francos que atravesaban el valle de Roncesvalles el rumor del ejército que se aproximaba.

—Señor compañero—dijo Oliveros,—me parece que será preciso trabar batalla con el enemigo sarraceno.

—Quiera el cielo que así sea—contestó Rolando.—Nuestro deber es permanecer aquí para proteger el grueso del ejército de nuestro Emperador. Vamos a dar rudos golpes para que nadie pueda burlarse de nosotros, ni se canten irónicas canciones sobre nuestro valor. Vamos, pues, a combatir por nuestra patria y nuestra fe.

Oyendo Oliveros el sonido de los cuernos, subió a la cima de una colina desde donde podía dominar gran parte del país. Ante él vió a los sarracenos avanzando atrevida y arrogantemente. Sus cascos adornados con oro brillaban al reflejar los rayos del sol. Escudos pintados de colores vivos, cotas de malla de brillante acero, lanzas y pendones, se movían en abigarrada

confusión entre las incontables filas de los guerreros.

Oliveros bajó aprisa de su observatorio y dijo a sus amigos:

—He visto a los infieles y puedo asegurar que nunca contemplé tan gran número de enemigos. Marchan más de cien mil sobre nosotros, bien armados con escudos, lanzas y espadas. Nos espera una famosa batalla, la mejor de cuantas hemos librado hasta ahora.

—¡Maldito sea el que huya!—gritaron los francos.—¡Pocos entre nosotros temen la muerte!

—¡Maldito sea Ganelón, que nos ha traicionado!—exclamó Oliveros.

—Recuerda que es mi padrastro, Oliveros—dijo Rolando,—y no me gusta que se hable mal de él en su ausencia.

—Los sarracenos son muchos—dijo Oliveros, —y nosotros, los francos, muy pocos. Amigo Rolando, toca tu Olifante. Así, al oirlo Carlomagno, regresará con su ejército en nuestro auxilio.

Del cuello de Rolando colgaba un cuerno mágico, de marfil esculpido. Al tocarlo, el sonido que despedía era llevado a grandísima distancia.

Si hubiera seguido el consejo de Oliveros, Carlomagno lo oiría y sin duda alguna regresaría para auxiliarlos.

Pero Rolando no quiso prestar atención a las palabras de su amigo.

—No—dijo.—Fuera una tontería tocar el cuerno. Si pido auxilio, yo, Rolando, perdería mi fama en toda la hermosa Francia. No, en vez de pedir socorro, prefiero dar tales cintarazos con mi buena espada Durandal, que la hoja quede teñida en sangre desde la punta hasta la empuñadura. Y estoy seguro de que todos los francos que me acompañan se batirán tan bien, que los sarracenos tendrán que abandonar el campo. Ya te aseguro que todos pueden contarse entre los muertos.

—Rolando, amigo mío, toca el Olifante—dijo de nuevo Oliveros. — De esta manera, Carlomagno y sus caballeros volverán en nuestro auxilio.

—No quiera el cielo que pueda nadie burlarse de mi pariente por mi causa—contestó Rolando,—o que sobre la hermosa Francia pueda caer tal deshonor. ¡No! no tocaré mi cuerno; prefiero batirme hasta que mi buena espada Durandal

esté roja de sangre sarracena, desde la punta a la empuñadura.

En vano imploró Oliveros, diciendo:

—No veo ningún deshonor en que toques el Olifante, porque la hueste sarracena es mucho más numerosa que la nuestra. Los valles, colinas y llanuras están cubiertos de ellos. Son muchos, en tanto que nosotros somos pocos.

—Mejor—gritó Rolando;—cuantos más sean, más deseo tengo de combatir. El Cielo no querrá que, por mi causa, pierda Francia la más pequeña parte de su fama. La muerte es preferible al deshonor. Vamos a pelear como gusta a Carlomagno.

Rolando era aturdido, y Oliveros prudente, pero ambos caballeros valientes sobre toda ponderación y el último no suplicó más a su amigo que pidiera ayuda.

—¡Mira!—dijo—¡mira cómo se acercan los sarracenos! No has querido pedir auxilio, pero hoy nuestros valientes caballeros harán sus últimas proezas.

—¡Adelante!—gritó Rolando,—y ¡maldito sea el que tenga el corazón cobarde!

Entonces el Arzobispo Turpín escaló, monta-

do a caballo, una pequeña colina que allí cerca se hallaba y volviéndose al ejército, arengó a los que lo componían, en esta forma:

—Señores y barones: Carlomagno nos ha confiado la defensa de la retaguardia de su ejército. Nuestro deber es morir por nuestro Soberano en caso necesario. Pero antes de trabar la batalla, confesad vuestros pecados y rogad a Dios que os los perdone. Si morís, morid como mártires, y en el Paraíso de Dios ocuparéis un lugar.

Entonces los francos desmontaron de sus cabalgaduras y se arrodillaron en el suelo. El Arzobispo los bendijo absolviéndolos todos sus pecados.

—Por penitencia os mando que combatáis como buenos—dijo.

Entonces, incorporándose, los francos montaron de nuevo, preparados ya a combatir y a buscar la muerte matando.

—Amigo—dijo Rolando a Oliveros,—tenías razón. Ganelón nos ha traicionado. Pero el Emperador nos vengará. En cuanto a Marsín, se figura que ha comprado nuestras vidas, pero, antes de dejarlas, le pagaremos con buenas estocadas.

Y sin más dilación empezó la batalla.

—¡Montjoie!—gritaban los francos.

Este era el grito de guerra del Emperador, derivado del nombre de su espada que se llamaba «Joyosa». Esta arma era la más maravillosa que se hubiese visto nunca. El brillo de su hoja cambiaba de color treinta veces al día al ser herida por el sol y entre el oro de la empuñadura estaba engarzada la punta de la lanza con que fué herido Jesucristo en el Calvario. Y por ser esta arma especial objeto de veneración y cuidado para el Emperador, los francos habían adoptado tal grito de guerra. Así, pues, profiriéndolo y clavando sus espuelas en los caballos se precipitaban contra el enemigo. Nunca se vió hasta entonces tan lucida caballería y tal esplendor de valientes caballeros.

Con fanfarronas palabras avanzó el sobrino del rey Marsín:

—¡Eh, francos felones—gritó,—al fin habéis caído en nuestras manos! Vuestro Rey os ha traicionado y vendido. Hoy Francia va a perder su fama y Carlomagno a sus mejores caballeros.

Rolando lo oyó. Soltando las riendas a su caballo y clavándole las espuelas en los ijares, se

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

precipitó loco de rabia contra el sarraceno. Su lanza atravesó el escudo y la cota de mallas del joven que cayó muerto apenas acababa de pronunciar sus insultantes palabras.

—¡Bastardo!—gritó Rolando—¡Carlomagno no es ningún traidor, sino un noble rey y caballero!

El hermano del Rey Marsín, enfurecido al ver caer a su sobrino, avanzó pronunciando también burlonas palabras.

—¡Hoy va a quedar enterrado el honor de Francia!—dijo.

Pero Oliveros hundió sus áureas espuelas en el cuerpo de su caballo.

—¡Vil esclavo, tus pronósticos tienen poco valor!—gritó, dando muerte, al mismo tiempo, al infiel.

El arzobispo Turpín también manejaba admirablemente el escudo y la lanza.

—¡Cobarde!—dijo a un sarraceno que profería insultantes conceptos,—muere como un perro y sabe que Carlomagno, nuestro señor, es noble y bueno y que ni uno de los francos emprenderá vergonzosa fuga.

—¡Montjoie! ¡Montjoie!—gritaban los francos mientras derribaban a los sarracenos.

Por el suelo eran pisoteados los cuerpos de los caídos y las armaduras destrozadas se confundían con los restos humanos. Muchos sarracenos fueron partidos en dos desde la cabeza hasta la silla de su caballo. La llanura estaba cubierta de heridos y cadáveres.

A la sazón, Rolando tenía solamente en la mano la empuñadura de su lanza. Su resto se había roto en el combate. Tirando, pues, a lo lejos, la inútil arma, desenvainó su buena espada Durandal. La hoja brilló al reflejar un rayo de sol y fué a herir el casco de Chernuble, el poderoso campeón del Rey Marsín. Las piedras preciosas que lo adornaban volaron por el aire. La espada atravesó el casco, el hueso y la carne y partió la cabeza al negro, que cayó instantáneamente muerto.

—¡Miserable esclavo!—gritó Rolando,—tu falso Mahoma no ha podido salvarte.

A través de los combatientes marchó Rolando buscando nuevos enemigos. Entretanto la famosa Durandal no descansaba, pues se abatía sobre cuantos sarracenos hallaba al paso y los derribaba con la misma facilidad que si fueran muñecos de paja. Oliveros también realizó maravillosas

proezas. Su lanza, como la de Rolando, fué asimismo reducida a trozos; pero, enardecido por la pelea y sin fijarse en ello, combatía solamente con la empuñadura.

A pesar de todo, consiguió vencer a buen número de enemigos.

—Amigo, ¿qué haces?—dijo Rolando.—¿Te parece que es tiempo de combatir con palos? ¿Dónde está tu buena espada Altaclara con su empuñadura de cristal y guarda de oro?

—Me faltó tiempo para desenvainarla—repuso Oliveros,—pues tenía necesidad de dar buenos y rápidos golpes.

Entonces desenvainó su famosa espada Altaclara y con ella dió tales estocadas que Rolando gritó:

—¡De hoy en adelante serás mi hermano! ¡Ah, estos son los golpes que el Emperador gusta de ver!

Cada vez era más furiosa la lucha. Por todas partes se oía el grito de «¡Montjoie¡» y ambos bandos daban y recibían furiosos golpes. Mas a pesar de que habían muerto centenares de sarracenos, los francos perdieron también a muchos de sus más valientes caballeros. Por to-

das partes se veían escudos, banderas, lanzas y espadas destrozadas y teñidas en sangre.

La lucha, sin embargo, no cedía. Rolando, Oliveros, el Arzobispo Turpín y todos los Pares de Francia estaban siempre en lo más reñido de la batalla.

Muchos sarracenos emprendieron la fuga, pero no se les dejaba escapar y se les daba muerte.

Entretanto estalló en Francia una gran tormenta. Por el espacio cruzaban los rayos y retumbaba el trueno con tal fuerza, que hasta la misma tierra se conmovía. Muchas paredes se cuartearon. En pleno día el cielo se puso negro como la tinta y cayó una espesa lluvia de agua y granizo.

—Esto es el fin del mundo—se decía la atemorizada gente.

Pero ¡ay! no sabían la verdadera causa. Era el duelo de la Naturaleza por la próxima muerte de Rolando.

La batalla llegó a adquirir horroroso carácter. Los infieles huyeron por fin, y los francos los persiguieron hasta quedar solamente uno vivo.

Del ejército sarraceno que había llegado con tal

esplendor, en número de cuatrocientos mil, sólo quedaba el Rey Margaris y éste huyó gravemente herido, con la lanza rota y el escudo agujereado, a llevar al Rey Marsín la triste nueva de la derrota de su poderoso ejército.

Los francos obtuvieron completa victoria; mas a la sazón vagaban tristes por el campo, en busca de los cadáveres de sus camaradas muertos o heridos.

Estaban derrengados por la batalla, tristes por la pérdida de sus amigos, pero también con el corazón lleno de alegría por el triunfo alcanzado, que daba gallarda prueba del poderío de su querida Francia.

CAPÍTULO V

ROLANDO TOCA EL OLIFANTE

Como se ha dicho, el Rey Margaris huyó mal herido, y al hallarse ante el Rey Marsín se echó jadeante a sus pies.

—¡Aprisa, aprisa, señor!—gritó.—Tu ejército ha perecido hasta el último hombre, pero ahora hallarás a los francos en desesperada situación. Más de la mitad han muerto también y los restantes están mal heridos y cansados. Sus armas están rotas e inutilizadas. No tienen nada con qué defenderse. Si quieres tomar venganza de la muerte de tus caballeros es ahora cosa fácil. ¡Aprisa, aprisa!

Terriblemente encolerizado, el Rey Marsín reunió nuevo ejército. Emprendieron la marcha en veinte columnas a través de los valles que conducían al campo de batalla. El sol lanzaba sus brillantes rayos sobre las piedras preciosas y el oro de los cascos, lanzas, banderas y cotas bordadas. Siete mil cuernos sonaron ordenando el ataque y el viento llevó sus acordes a gran distancia.

—Oliveros, amigo mío—dijo Rolando al oirlos,—el traidor Ganelón ha jurado nuestra muerte. Claramente se ve que todo esto es fruto de una traición, pero estoy seguro de que el Emperador tomará terrible venganza. En cuanto a nosotros, debemos empezar de nuevo una terrible batalla; yo con mi buena espada Durandal y tú con la famosa Altaclara. Las hemos usado con honor en varias batallas y con ellas ganado muchas victorias. Nadie tendrá derecho a burlarse de nuestro comportamiento.

Y de nuevo los francos se prepararon para la batalla. Pero el Rey Marsín era un terrible enemigo.

Dirigiéndose a sus nobles, les dijo:

—Oíd, barones. Rolando es un príncipe de extraordinaria fortaleza. Dos batallas no bastan para cansarlo. Necesita tres. La mitad del ejército irá ahora a combatirlo y el resto se quedará conmigo hasta que los francos estén ya exhaustos. Entonces los atacaremos y llegará el glorioso día en que perecerán a la vez el poderío de Carlomagno y el renombre de Francia.

Así, pues, el Rey Marsín se quedó en la cima de una colina que dominaba el campo de bata-

lla, mientras la mitad de su ejército iba a presentarla a los francos, al son de los cuernos y profiriendo gritos de guerra.

—¡Cielos! ¡Ahí viene un nuevo ejército!—gritaron los francos al oir el tumulto.—¡Maldito sea el traidor Ganelón!

Entonces el Arzobispo Turpín habló al ejército:

—Ahora es seguro que vamos a morir. Pero es mejor hacerlo espada en mano. Hoy es el día en que vamos a recibir gran honor y en que conquistaremos una corona de flores. Las puertas del Paraíso son gloriosas, pero por ellas no entra el alma de ningún cobarde.

—¡Pues entraremos!—gritaron los francos.—Somos pocos, pero fuertes y atrevidos.

Y hundiendo las espuelas en los ijares de los caballos, corrieron al encuentro del enemigo.

De nuevo resonó en el aire el ruido ensordecedor de la batalla; la llanura se cubrió de cadáveres tiñendo la hierba de sangre. Por todas partes estaban diseminadas joyas, armaduras y armas destrozadas.

Espantosa era la matanza, y maravillosos los actos de valor que se llevaban a cabo por ambos bandos; mas, por último, los infieles perdieron

la ventaja que su número les diera y emprendieron la fuga. En su persecución marcharon los francos, que iban matando a los rezagados; de manera que todo el camino se cubrió de una hilera no interrumpida de cadáveres y heridos.

Finalmente, los gritos de desesperación de los vencidos llegaron a oídos del Rey Marsín.

—¡Señor!—gritaron los sarracenos.—Apresúrate, que necesitamos tu auxilio.

Los francos persiguieron a sus enemigos hasta los pies del Rey, ante el cual mataron a muchos.

Entonces Marsín, montado en su caballo, condujo al resto de su ejército a la batalla contra los temibles francos.

Éstos estaban casi exhaustos, pero todavía trescientas espadas brillaban al sol y trescientos corazones alentaban llenos de ardimiento.

Rolando buscó entre los combatientes a su amigo Oliveros, que se hallaba entonces en lo más recio de la pelea, hiriendo sin cesar al enemigo y nuestro héroe, al verlo, sintió aumentar la admiración y amistad que le inspiraba su compañero.

—¡Oh, mi leal y fiel amigo! — exclamó.— Desgraciadamente, este día ha de acabar nues-

tra amistad. ¡Hoy será preciso separarnos para siempre!

Oliveros lo oyó y abriéndose paso entre los combatientes condujo su caballo al lado del de Rolando.

—Amigo—le dijo,—permanece a mi lado tanto como te sea posible. ¡Quiera Dios que muramos juntos!

Entretanto, la pelea era cada vez más mortífera. Solamente quedaban ya sesenta francos. Rolando, al verlo, se volvió hacia Oliveros, diciéndole:

—¡Mira! están muriendo los más valientes. Ya puede llorar Francia porque hoy ha perdido sus mejores caballeros. ¡Oh, mi Emperador y amigo! ¿Porqué no estás aquí? Oliveros, hermano mío, ¿cómo vamos a comunicarles nuestro triste fin?

—No lo sé—dijo tristemente el joven.

Voy a tocar mi Olifante—añadió abatida su altivez. Carlomagno lo oirá y los francos volverán en nuestro socorro.

—Eso sería indigno—gritó Oliveros.—Nuestro pariente se avergonzaría de nosotros y quedaríamos deshonrados para el resto de nuestra vi-

da. Cuando te rogué que lo hicieras no quisiste y ahora soy yo quien te lo impide. ¡Tocar tu Olifante! No, no es ocasión de hacerlo. Si el Emperador hubiese estado aquí nos habría salvado, pero ahora es demasiado tarde, porque todo está perdido. No—dijo irritándose a medida que hablaba,—si no me es dado ver más a mi hermosa hermana Alda, te juro también que no la tendrás nunca entre tus brazos.

Es necesario decir que la hermana de Oliveros, Alda, estaba prometida a Rolando, el cual debía casarse con ella a su vuelta a Francia.

—¡Ah, Oliveros! ¿Por qué me hablas con semejante enojo?—preguntó Rolando tristemente.

—Porque, por tu culpa, han muerto tantos francos—contestó Oliveros.—Con tu locura los has conducido a la muerte. Si hubieras obrado como te aconsejaba, nuestro señor Carlomagno estaría aquí y habríamos ganado esta batalla. Con tu arrogancia has causado la muerte de todos. En adelante ya no podremos servir a Carlomagno, porque este es nuestro último día, y aquí acaba también nuestra leal amistad. ¡En verdad que nuestra despedida es muy amarga!

Rolando, lleno de tristeza, miraba a su amigo,

pero el Arzobispo Turpín, que oyó las irritadas palabras de Oliveros, clavó las espuelas a su caballo y fué hacia ellos.

—Conde Rolando, y tú, Conde Oliveros—gritó,—os ruego que no riñáis. Tened en cuenta que vamos a morir todos y tu Olifante, Rolando, no puede evitarlo ni salvar nada. El gran Carlomagno está lejos y regresaría demasiado tarde. No obstante, tal vez sería bueno que lo tocaras, porque el Emperador al oirlo regresaría para vengar nuestra muerte, y así los infieles no volverían a sus casas con la alegría de la victoria. Cuando vengan los francos hallarán nuestros cuerpos y con lágrimas en los ojos los enterrarán para que no seamos pasto de las fieras o para que el viento no esparza el polvo de nuestros huesos.

—Bien dicho—asintió Rolando.

Y aspirando profundamente, llevó la embocadura del cuerno a los labios y sopló con toda la fuerza que le quedaba. Salió una nota estruendosa que, en alas del viento, fué llevada de una a otra parte, hasta llegar al campamento de Carlomagno, que se hallaba a treinta leguas de distancia. Al oirla, llevada por la brisa de la tarde, el Emperador prestó atento oído y dijo:

—¡Nuestros caballeros están combatiendo! ¡Este es el Olifante de Rolando!

—¡Ca! —repuso burlonamente Ganelón. —Si otro hombre lo dijera, señor, creería que miente.

El Emperador no quiso insistir, pero continuó tristemente su camino dirigiendo algunas miradas hacia atrás.

De nuevo, Rolando llevó el Olifante a su boca. A la sazón sentía cansancio y debilidad. Sus pálidos labios estaban teñidos de sangre y las venas de sus sienes parecían cordeles a fuerza de estar congestionadas. Muy tristemente, sopló en su cuerno, pero el sonido fué llevado lejos, muy lejos, a pesar de ser tan débil. Carlomagno, al oir otra vez la dulce nota, prestó atención. El duque Naymes hizo lo mismo y todos los caballeros francos se detuvieron para escuchar mejor.

—¡Es el Olifante de Rolando!—exclamó el Emperador,—y con toda seguridad no lo tocaría de no haber batalla.

—¡No hay batalla!—repuso Ganelón con mal humor.—Hablas, señor, cual pudiera hacerlo un tímido niño. Ya conoces el orgullo de Rolando, el fuerte, grande y atrevido Rolando, cuya vida Dios ha consentido tanto tiempo en la tierra. Ya

sabes que Rolando es capaz de tocar el cuerno todo el día si va en persecución de una liebre. Sin duda alguna está ahora riendo entre sus amigos Pares. Y además ¿quién se atrevería a atacar a Rolando? ¿Quién será tan osado? Nadie hay en el mundo capaz de ello. Continuemos el camino, señor. ¿Por qué detenernos? Nuestra hermosa patria está aún bastante lejana.

Al oir estas palabras del traidor Ganelón, el Emperador continuó tristemente la marcha.

Los labios de Rolando estaban teñidos de sangre y, en cambio, sus mejillas blancas como la nieve, pero, no obstante, llevó otra vez el Olifante a su boca, y, lleno de tristeza y angustia, sopló. La débil y suave nota tenía tal fúnebre expresión, que impresionó dolorosamente el corazón de Carlomagno, el cual, treinta leguas a lo lejos, caminaba hacia Francia.

—¡Cuán tristemente suena el Olifante!—dijo el Monarca.

—¡Es Rolando!—exclamó el Duque Naymes. —Es Rolando que sufre allí abajo. Juro por mi alma que hay batalla y que alguien nos ha hecho traición. Y, si no me equivoco, es el mismo que ahora trata de engañarnos. ¡Al arma, señor, al

arma! ¡Que toquen los cuernos de guerra! Demasiado has desoído las llamadas de Rolando.

Sin perder instante, el Emperador dió la orden. Rápidamente el ejército volvió grupas y emprendió el regreso a Roncesvalles. El sol poniente caía sobre sus pendones carmesíes, adornados de oro y azul, y centelleaba en los cascos y corazas, sobre las lanzas y escudos. Los caballeros hacían galopar a sus caballos.

—¡Oh!—exclamaban,—si no llegamos a tiempo de salvar a Rolando, ¡qué venganza va a ser la nuestra!

Pero ¡ay! era demasiado tarde.

El sol se ocultó tras la cima de una montaña y al cabo llegó la noche. Los hombres de armas y caballeros proseguían rápidamente su marcha. Sin detenerse siguieron corriendo durante toda la noche y cuando el sol volvió a brillar con centelleo de fuego sobre los cascos, cotas de mallas, corazas y flotantes pendones, los halló corriendo vertiginosamente hacia Roncesvalles.

El Emperador iba a la cabeza de todos, agobiado por la tristeza, con los ojos llenos de lágrimas y retorciéndose la blanca y luenga barba que flotaba sobre su coraza. Detrás de él galopaban

sus caballeros, los que, a pesar de ser rudos y estar avezados a presenciar horrores, tenían que hacer esfuerzos para contener las lágrimas que querían escaparse de sus ojos, mientras mascullaban entre dientes una oración por el valiente y atrevido Rolando.

Únicamente uno de los caballeros sentía ira en su corazón. Este era Ganelón, el cual, por orden del Emperador, iba guardado por los cocineros del ejército. Llamando al jefe de todos ellos, Carlomagno le dijo:

—Guardadme a este felón, porque es un traidor que me ha vendido, conduciendo a mis mejores caballeros a la muerte.

Entonces el cocinero en jefe y un centenar de subordinados, rodearon a Ganelón. Lo cogieron por los cabellos y lo abofetearon cuatro veces cada uno de ellos. Alrededor de su cuello ataron una pesada cadena y llevándolo como se lleva a un oso bailarín, lo montaron encima de un caballo destinado a llevar bagajes. Así lo guardaron en espera de que Carlomagno les ordenara presentárselo

CAPÍTULO VI

MUERTE DE OLIVEROS

Al apuntar el día, Rolando miró a las montañas y al valle. A su alrededor yacían muertos casi todos los francos y, al verlo, como noble caballero que era, lloró por ellos.

—Señores y barones—dijo,—¡quiera Dios tener compasión de vosotros! ¡Puedan vuestras almas entrar en el Paraíso y reposar para siempre entre las celestiales delicias! Mejores vasallos que vosotros nunca se vieron. Bien me habéis servido durante estos últimos años. ¡Oh, Francia querida! ¡Oh, mi amada Patria! Hoy llorarás la muerte de tus mejores barones que por mí perecieron. Oliveros, mi querido hermano, de nuevo vamos a combatir a los infieles, porque, si no me matan, moriré de pesar y de vergüenza.

Así, pues, Rolando se irguió empuñando su espada Durandal, pero como los gamos ante un perro, los infieles huyeron al verlo.

El Arzobispo Turpín exclamó entonces:

—¡Este es el valor que debe demostrar un caballero que ciñe espada y monta fogoso caballo! De lo contrario valdría más que se hiciera monje y rogara en el fondo de una celda por el perdón de nuestros pecados.

—¡Hiere sin piedad!—exclamaba entretanto Rolando—¡Hiere, mata!

Entonces volvió a oirse el furioso chocar de las armas, pero a la sazón, los caballeros cristianos eran poquísimos y, por el contrario, los infieles muy numerosos.

A lo más recio de la pelea acudió entonces el Rey Marsín, matando a su paso tantos caballeros cristianos como hallaba.

—¡Maldito seas!—le gritó Rolando—por haber dado muerte a muchos de mis camaradas. Antes de que te vayas quiero que sepas cuál es el nombre de mi espada.

Y de un golpe cortó la mano a Marsín, mientras con otro mató a su hijo que lo seguía.

Entonces, aterrado, Marsín huyó.

—¡Mahoma nos vengará — exclamó—aniquilando a estos francos felones que Carlomagno ha dejado en nuestra España!

El Califa, tío de Marsín, se quedó en el campo

de batalla combatiendo. Era el mismo de cuya pretendida muerte diera cuenta el traidor Ganelón y, dando entonces un salvaje grito de guerra, se arrojó contra el pequeñísimo ejército de los cristianos.

—Ha llegado el final—dijo Rolando.—Vamos a morir; pero entretanto, señores, ¡matad, matad! Vended caras vuestras vidas. Combatid por la gloria de Francia, y para que cuando llegue Carlomagno, halle quince infieles muertos por cada uno de nuestros cadáveres y así, llorando nuestra muerte, nos bendecirá.

—¡Muere, traidor!—gritó Oliveros yendo al encuentro del Califa.

Pero éste, arteramente, dió media vuelta e hirió de un lanzazo en la espalda al gentil caballero.

—¡Tú eres el que vas a morir!—gritó el Califa.—En tí he vengado a mi ejército.

Oliveros estaba mortalmente herido, pero dando rápidamente media vuelta levantó su buena espada y con ella golpeó con fuerza el casco de oro del Califa.

Las joyas que lo adornaban saltaron como chispas de fuego y la cabeza del infiel fué partida hasta la barba.

Manteniendo todavía su espada en alto, Oliveros gritó entonces:

—¡Rolando, Rolando, ven! Permanece a mi lado a la hora de mi muerte, porque ahora es el momento de despedirnos para siempre.

Rolando oyó estas palabras y a través de los combatientes acudió adonde estaba su amigo. Con triste mirada contempló el pálido semblante de Oliveros que perdía toda su sangre por la herida de la espalda.

—¡Oh, querido hermano mío!—exclamó Rolando—¿este es el fin de tus proezas y de tu fama? Ahora sí que es completa la pérdida del ejército del Emperador.

Y diciendo estas palabras, se desmayó sobre su caballo.

Al caer Rolando sobre Oliveros, éste, que ya no lo conoció, sintiendo un choque se creyó atacado y levantando la espada la descargó sobre la cabeza de Rolando con toda su fuerza. El casco resultó partido en dos, pero Rolando no fué herido.

El golpe tuvo por resultado devolverle el sentido y extrañado del ataque que le dirigiera su amigo, le preguntó:

—¿Fuiste tú, amigo, el que me hirió? ¿Lo has hecho involuntariamente? Soy tu amigo Rolando que te quiere. ¿No estás encolerizado conmigo?

—Te oigo—repuso Oliveros,—pero no te puedo ver. ¿Te he herido, hermano? No lo hice con intención, perdóname.

—No me has herido—dijo Rolando—pero ante Dios te perdono de todo corazón.

Luego, cariñosamente, se despidieron uno de otro.

Los ojos de Oliveros ya no veían la luz y sus oídos no percibían ningún sonido. Entonces desmontó de su caballo y se arrodilló; unió sus manos, confesó sus pecados y rogó a Dios que bendijera a la hermosa Francia, a su Rey Carlomagno y, entre todos sus amigos, a Rolando. Luego inclinó la cabeza y tendiéndose sobre el campo de batalla, murió.

Cuando Rolando vió a Oliveros muerto, lloró de pena.

—Querido amigo mío—dijo sollozando;—¡a qué fin te ha conducido tu valor! Muchos años hemos estado juntos y nunca me has dado el menor motivo de queja, ni yo a tí.

Y a impulsos del dolor, Rolando volvió a desmayarse sobre su caballo.

Cuando recobró el sentido, miró de nuevo a su alrededor y vió que casi todos sus caballeros habían muerto. De todo el ejército cristiano, solamente dos hombres quedaban en pie. Éstos eran el Arzobispo Turpín y Gualterio de Hum, rico y noble conde.

Con las lanzas rotas, los escudos atravesados y las armaduras destrozadas, los tres valientes continuaron combatiendo contra los sarracenos, que caían uno tras otro a sus golpes.

—¡Qué temibles hombres!—gritaban los infieles.—Pero no han de escapar vivos. ¡Maldito sea el que no los ataque y miserable quien los deje escapar!

Pero tal era la furia y el valor de los tres combatientes, que los enemigos no se atrevían a ir contra ellos. Del ejército sarraceno quedaban todavía mil infantes y cuarenta mil jinetes.

Todos permanecían a cierta distancia, lanzando dardos y jabalinas a los tres enemigos que les resistían.

Pronto cayó muerto Gualterio de Hum, atravesado por un dardo.

Luego le mataron el caballo al Arzobispo, pero éste, en un momento, se desembarazó de él y se aprestó a la pelea.

—¡Todavía no estoy vencido—gritó a Rolando;—mientras un guerrero respira prosigue el combate!

Y lanzándose contra los infieles, a pesar de estar muy mal herido, los acometió con tal furia que, según se dijo algunos días después, se hallaron cuatrocientos cadáveres a su alrededor.

Rolando también se batía furiosamente, pero queriendo saber de todos modos si Carlomagno estaba cerca, aplicó a sus labios el Olifante, el cual dejó escapar un débil sonido.

A pesar de ello, llegó a oídos del Emperador, quien detuvo su marcha para escucharlo mejor.

—Señores—dijo,—nos amenaza una gran desgracia. Hoy perderé a mi sobrino y de ello estoy convencido al fijarme en el sonido de su Olifante, pues parece que lo toque un hombre moribundo. Si no queremos llegar demasiado tarde, hundamos las espuelas en los ijares de nuestros caballos y que toquen todos los cuernos de mi ejército para darle aviso de nuestra llegada.

Entonces, al mandato del Emperador, sona

ron sesenta mil cuernos, cuyo clamor atronó el espacio, repercutiendo en todas las montañas, hasta llegar al valle de Roncesvalles, en donde fué oído por los infieles, que todavía combatían contra Rolando.

—¡Carlomagno llega!—gritaron — ¡es Carlomagno! ¡El Emperador vuelve! ¡Va a destrozarnos si nos halla aquí! ¡Si Rolando no muere será preciso combatir de nuevo y perderemos nuestra hermosa España!

Entonces cuatrocientos de los más atrevidos y valientes infieles, marcharon en apretadas filas contra Rolando.

En cuanto éste los vió llegar sintió renacer sus fuerzas. Mientras tuviera vida estaba resuelto a combatir y prefería la muerte a la fuga. Así, pues, clavando las espuelas a su caballo, se lanzó contra la enemiga hueste. El Arzobispo, cogido al estribo de Rolando, lo acompañó, y cuando los sarracenos vieron llegar a los héroes, emprendieron la fuga sobrecogidos de terror.

—¡Huyamos, huyamos!—gritaban.—Los cuernos que oímos son los del ejército de Carlomagno

Rolando era, no solamente el más valiente, sino que también el más cortés de los caba-

lleros, pues, volviéndose al Arzobispo, le dijo:

—Yo voy montado y tú a pie y esto no puede ser. Por tí me detengo en este lugar y por nada del mundo te abandonaré. Los dos juntos esperaremos a los infieles.

—¡Maldito sea el que primero nos ataque!—gritó Turpín.—Ya no combatiremos en otra batalla, pero Carlomagno está cerca y nos vengará.

Entretanto los infieles, reunidos a cierta distancia, conferenciaban entre sí.

—Somos desgraciados y este día es funesto para nuestra raza—decían.—Hemos perdido a nuestros capitanes y señores, y el terrible Carlomagno llega con su poderoso ejército. Desde aquí se oyen sonar sus cuernos y su grito de guerra ¡Montjoie! ¡Montjoie! Por otra parte, nada iguala el valor y ardimiento del Conde Rolando. No hay hombre que pueda vencerlo. Huyamos, pues; pero antes de emprender la retirada, que cada uno de nosotros le lance un dardo y de esta manera le daremos muerte.

Así lo hicieron y el escudo de Rolando fué roto en mil pedazos, la cota de malla quedó destrozada y su buen caballo cayó atravesado

por treinta dardos. El Arzobispo fué también mal herido; pero ya los infieles habían huído y todavía Rolando permanecía en pie en aquel campo de muerte.

CAPÍTULO VII

MUERTE DE ROLANDO

Los infieles huyeron por la llanura y Rolando no pudo perseguirlos. Su buen caballo yacía a poca distancia y él, cansado y derrengado, fué a socorrer a su querido amigo Turpín. Rápidamente le quitó el casco y la cota de malla, que estaba agujereada por varios sitios y teñida completamente de sangre; rasgando en tiras su vesta de seda, vendó cuidadosamente las heridas del Arzobispo y luego, cogiéndolo entre los brazos, lo recostó sobre el césped.

Arrodillándose ante el moribundo, Rolando le dijo:

—Padre: nuestros compañeros, a quienes tanto amábamos, han muerto todos, pero no hemos de abandonarlos de este modo. Permite que vaya en su busca y los traiga para que puedas bendecirlos una vez más.

—Ve, hijo mío—dijo Turpín,— pero vuelve pronto. A Dios gracias, hemos sido vencedores. Los dos, tú y yo, hemos ganado la batalla.

Entonces Rolando empezó a recorrer el campo en busca de sus compañeros. Uno tras otro halló a los Pares de Francia y los condujo al lado del Arzobispo.

Éste, al verlos sintió que las lágrimas humedecían sus ojos y resbalaban por sus descoloridas mejillas.

—¡Señores!—exclamó, levantando al cielo su mano y bendiciéndolos (1)—¡quiera Dios recibir vuestras almas en el Paraíso!

Y allí mismo los absolvió de todos sus pecados, haciendo en el aire la señal de la cruz.

Luego Rolando marchó en busca de su amigo Oliveros. Por fin, al pie de un pino halló su cuerpo.

Cariñosamente lo levantó y tambaleándose al peso de su carga lo llevó adonde estaban los otros Pares, para que el Arzobispo le diera la última bendición.

—Querido Oliveros, amigo mío—dijo Rolando arrodillándose a su lado,—nunca se vió otro que como tú supiera romper una lanza y destrozar el escudo del enemigo; nadie como tú para aconsejar lealmente y para castigar a traidores y

(1) Véase el frontispicio.

cobardes, y por fin no hubo en la tierra mejor caballero que tú.

Y al acabar de decir estas palabras, Rolando se desmayó presa del dolor.

Cuando Turpín vió a Rolando sin sentido, alargó la mano y le tomó el Olifante de marfil. A través del valle de Roncesvalles corría un arroyuelo y el Arzobispo pensó que si conseguía llegar hasta él, podría tomar un poco de agua con qué socorrer a su amigo.

Se levantó penosamente y con inciertos pasos consiguió recorrer un pequeño espacio, pero agotadas ya sus fuerzas cayó de rodillas, incapaz de avanzar más. Volviendo sus ojos al cielo unió las manos en actitud de súplica, exclamando:

—¡Quiera Dios recibir mi alma en el Cielo!

Y cayó de espaldas.

Así murió el Arzobispo en servicio de su Emperador. El que con su palabra y con sus armas no cesara de combatir contra los infieles, yacía a la sazón, inmóvil y callado para siempre.

Rolando al recobrar el sentido vió a Turpín tendido en el suelo y comprendiendo que estaba muerto, sintió un nuevo desmayo.

Al volver en sí se aproximó al cuerpo del Ar-

Furtivamente se arrastró hasta hallarse al lado de Rolando

zobispo y cruzando sus manos sobre el pecho dijo:

—¡Ah, padre! ¡Oh, caballero de noble linaje, Dios quiera acogerte en su seno! Ningún hombre lo sirvió más fielmente que tú. Desde los doce Apóstoles hasta nuestros días, no hubo en la tierra mejor profeta. Siempre estuviste dispuesto a combatir al enemigo con tus palabras y tu espada. ¡Que las puertas del Paraíso se abran para tí!

Luego, alzando las manos al Cielo, exclamó:

—¡Corre, Carlos de Francia, corre tanto como puedas, que en Roncesvalles te espera gran pena! ¡Pero también la siente el Rey Marsín, porque para cada uno de los nuestros que aquí han muerto, sucumbieron cuarenta de los suyos!

El cansado y mal herido Rolando se dejó caer sobre la hierba. En una mano tenía el cuerno Olifante, que tomara de entre las del Arzobispo, y con la otra empuñaba a Durandal, su buena espada. Mientras estaba allí inmóvil, un sarraceno que permanecía tendido entre los muertos, fingiéndose también cadáver, se levantó de pronto. Pasito a paso se acercó a Rolando

y en cuanto estuvo a su lado, alargó la mano y cogió la espada Durandal.

—¡Vencido! ¡Ya está vencido el sobrino de Carlomagno!—gritó—¡Mirad su espada, que voy a llevar a los míos como trofeo!

Mientras el sarraceno decía estas palabras Rolando abrió los ojos.

—¡No eres de los nuestros me parece! —gritó.

Y levantando el cuerno de marfil lo dejó caer con toda su fuerza sobre la cabeza del sarraceno.

Casco y cráneo todo se rompió y el infiel cayó muerto a los pies del Conde.

—¡Miserable!—gritó éste.—¿Quién te mandó ser tan atrevido para poner tu mano sobre Rolando? Quien lo supiera te creería loco.

Mirando entonces al sarraceno, añadió:

—Por tí he roto la embocadura de mi Olifante y las piedras preciosas que lo adornaban se han esparcido por el suelo.

Y temiendo que alguien quisiera robarle su buena espada, cuando ya no pudiera resistir, Rolando reunió sus escasas fuerzas; tomó a Durandal, fuése hacia una roca que se elevaba en la

llanura y con poderosos golpes trató de romper el arma contra ella. Mas en vano. El acero rajaba y rompía la peña sin que en su hoja se viera la menor mella.

—¡Oh, Santa María, ven en mi ayuda!—gritó—¡Qué desgracia, mi buena Durandal! Cuando me separe de tí ya no podré cuidarte. Los dos juntos hemos ganado muchas batallas, conquistado varios reinos que ahora pertenecen a Carlomagno. Mientras yo viva no te separarás de mí, y en cuanto haya muerto no quiero que pertenezcas a nadie que pueda huir ante el enemigo, tú que tanto tiempo has sido llevada por un valiente guerrero.

Rolando siguió golpeando la roca con la espada y de nuevo el acero rayó y rajó la peña, pero sin romperse. Cuando el caballero vió que no podía destruir su espada, sintió gran tristeza.

—¡Oh, mi buena Durandal!—exclamó,—tú que has centelleado a la luz del sol muchas veces y que siempre fuiste mi alegría, ¿quieres ocasionarme ahora el dolor de imaginar que irás a caer en manos de los infieles?

Por tercera vez Rolando golpeó la roca con la

espada con toda su fuerza, pero el acero no se rompió. No se veía en la brillante hoja la más pequeña mella. Entonces el caballero dijo tiernamente:

—¡Oh, hermosa y santa Durandal! Es necesario que no te posea ningún infiel. Tú debes ser llevada solamente por manos cristianas, porque en tu empuñadura están engastadas santas reliquias. ¡Quiera el Cielo que no caigas en manos de ningún cobarde!

Así habló a su espada, acariciándola como si fuera un niño.

Luego, viendo que no era posible romperla, se echó sobre la hierba con la cara vuelta hacia donde huyera el enemigo, para que Carlomagno y su hueste al llegar, vieran que había muerto como conquistador. Debajo de su cuerpo puso su espada y su Olifante y luego tendiendo sus manos, las levantó hacia el Cielo:

—¡Dios mío!—gritó.—He pecado. Perdóname por todas mis culpas, tanto las grandes como las pequeñas. ¡Perdóname por todos mis actos desde que nací hasta hoy, día de mi muerte!

Y así rogando, el gran guerrero murió. En el ambiente suave de la tarde se oyó el aleteo de

los ángeles, y San Rafael, San Miguel y el Ángel Gabriel descendieron al campo de batalla y tomando el alma de Rolando la llevaron al Cielo.

CAPÍTULO VIII

EL REGRESO DE CARLOMAGNO

ROLANDO estaba ya muerto y los arcángeles se habían llevado su alma al Paraíso, cuando Carlomagno y sus huestes llegaron al valle de Roncesvalles. ¡Cuán terrible espectáculo contemplaron! No se veía ni un sendero ni una mata de hierba, pues todo estaba cubierto por los cadáveres de los francos y de los infieles.

Carlomagno contempló, horrorizado, aquella terrible escena.

—¿Dónde estás, Rolando? ¿Dónde está el Arzobispo? ¿Y tú, Oliveros, dónde estás?

Y así fué llamando a sus doce Pares uno tras otro, pero ninguno contestó.

Todo el campo estaba inmóvil, a excepción de algún pendón que a veces agitaba el viento, pero el silencio era absoluto.

—¡Ay—exclamó Carlomagno,—qué desgracia de no hallarme aquí cuando se dió la batalla!

Y pronunciando estas palabras, las lágrimas

se escapaban de sus ojos. Detrás de él todos los caballeros y hombres de armas se sentían también invadidos por la cólera o la tristeza. No había ninguno que no hubiera perdido a un hijo, un hermano o un amigo. Durante algún tiempo permanecieron todos mudos de horror y pena.

Entonces habló el Duque Naymes, que era hombre de sabio consejo y muy valiente en el combate.

—Mira, Señor, mira a dos leguas de distancia y verás una gran nube de polvo. Allí está reunido el ejército de los infieles. Corramos, Señor, y venguemos a nuestros camaradas.

Y realmente era así, pues los fugitivos del campo de batalla estaban reunidos a alguna distancia y se preparaban a regresar a Zaragoza.

—¡Ay!—dijo Carlomagno,—están ya demasiado lejos. Pero ya que han matado a la flor de mi Imperio, por su honor voy a seguir tu consejo.

Entonces se volvió hacia cuatro de sus principales barones y les dijo:

—Quedáos aquí guardando el campo y las colinas que lo circundan. Dejad a los muertos tal como están, pero vigilad que ningún león u otro animal salvaje se acerque a ellos. Nadie,

sea señor o escudero, debe tocar a los muertos hasta que yo vuelva.

—Se cumplirá tu voluntad, Señor—contestaron los varones.

Luego, dejando un millar de caballeros para ayudarlos en su tarea, Carlomagno hizo tocar sus cuernos de guerra y el ejército emprendió la persecución de los infieles. Furiosamente galoparon, pero no lograban alcanzar al enemigo. El Emperador observaba con ansiedad al sol que, despacio, se iba acercando al horizonte. La noche se aproximaba y el enemigo estaba lejos todavía.

Entonces, desmontando de su caballo, el Emperador se arrodilló sobre la hierba.

—¡Dios mío!—exclamó,—te ruego que detengas al sol. Dí a la noche que espere y al día que no se vaya.

Y mientras el Emperador oraba, su ángel guardián murmuró a su oído:

—¡Prosigue tu camino, Carlomagno! ¡La luz no te faltará! Has perdido la flor de tus caballeros y Dios lo sabe, pero ahora tienes oportunidad para vengar su muerte. ¡Persigue a los infieles!

Oyendo estas palabras, Carlomagno montó de nuevo a caballo y continuó la marcha.

Y, realmente, se cumplió un milagro. El sol siguió iluminando el cielo. Entretanto, los sarracenos huían perseguidos por los francos, hasta que una vez en el valle Tenebroso, éstos cayeron sobre aquéllos y los destrozaron. Los infieles emprendieron la fuga, pero los francos les cerraron el paso por todos lados, excepto por la parte en que corría el río Ebro, en el cual no había puente, bote ni barca. Invocando a sus dioses Apolín, Tervagant y a su profeta Mahoma para que los salvara, los infieles se arrojaron por sí mismos al agua. Pero todos se ahogaron, arrastrados por el peso de sus armaduras, siendo Marsín el único que pudo llegar fugitivo a Zaragoza.

Cuando Carlomagno vió que todos sus enemigos estaban aniquilados, desmontó del caballo, postróse en tierra y dió gracias a Dios. En cuanto hubo terminado su plegaria, el sol se ocultó en el horizonte.

—Ha llegado la hora del reposo—dijo el Emperador.—Es ya demasiado tarde para volver a Roncesvalles y, además, nuestros caballos están

muy fatigados. Que se les quiten las sillas y los arreos y que se les deje pacer en libertad.

Los caballeros desmontaron y quitaron a sus caballos los arreos para que pacieran a la orilla del río, en donde había campos de fresca hierba. Luego los caballeros, que estaban muy cansados, se tendieron sobre el césped sin quitarse sus armaduras, y sin desceñirse tampoco las espadas, se dispusieron a dormir. Tan fatigados estaban por la batalla y la carrera que antes dieran hasta Roncesvalles, que se durmieron todos sin excepción y sin dejar centinelas.

El Emperador se acostó en el suelo, entre sus caballeros y barones y, como ellos, tampoco se quitó su armadura ni se desciñó su buena espada Joyosa.

La noche era clara y la luna brillaba en el cielo. Carlomagno, tendido en la tierra, a pesar del dolor que le produjeran la muerte de Rolando, Oliveros y los otros Pares, que a la sazón yacían en Roncesvalles, a pesar de ello, repetimos, pudo dormir.

Pero tuvo ensueños. Vió el cielo cubierto por negros nubarrones que despedían rayos, los cuales, al desgarrar el aire, caían con horroroso es-

tampido. Caía al mismo tiempo una granizada que batía al suelo con fuerza, impelida por un viento huracanado. Nunca se vió en la tierra tempestad igual a la que en sueños contemplaba, y de pronto, toda su furia cayó sobre el ejército del Emperador. Los rayos envolvieron las lanzas con sus chispas, los escudos de oro se fundieron y las cotas de malla y corazas fueron destrozadas. Lobos y osos salieron de las vecinas selvas, se arrojaron sobre los aterrados caballeros y los devoraron. Monstruos jamás vistos, serpientes, fieros demonios y más de treinta mil grifos se precipitaron contra los francos, destrozándolos horriblemente.

—¡Al arma, señor, al arma!—gritaban los francos a su Emperador.

Y éste, en sueños, luchaba por acercarse a sus hombres, pero una fuerza ignorada le impedía realizar su intento, quitándole todo el vigor. Entonces, de las profundidades de la selva, salió un león, que se arrojó sobre el monarca. Era un animal terrible, poderoso.

El Emperador empezó a luchar contra la fiera solamente con sus manos, pues no tenía arma alguna. Pero no le fué posible saber quién ob-

tuvo la victoria, porque el ensueño se desvaneció.

Entonces tuvo otra pesadilla. Se figuró estar sobre las gradas de mármol de su palacio de Aquisgrán, llevando un oso sujeto por doble cadena. De pronto salieron del bosque otros treinta que hablaban el lenguaje humano y se dirigieron hacia la escalinata en que se hallaba Carlomagno con el oso atado.

—Devuélvenoslo, Señor—decían.—Es nuestro pariente y queremos ayudarlo. No es justo que lo retengas cautivo por más tiempo.

Pero a todo esto salió un perro del palacio, y saltando hacia las fieras se echó sobre la mayor de todas. Los dos animales rodaron sobre la hierba atacándose uno a otro furiosamente. ¿Quién sería el vencedor? Carlomagno no lo supo, porque la visión se desvaneció y él continuó durmiendo hasta la aurora.

Al recibir el primer rayo de luz, Carlomagno despertó. Pronto todos los hombres de armas estuvieron en pie, y antes de que se levantara el sol, el ejército emprendió el regreso hacia Roncesvalles.

Llegaron de nuevo al campo de batalla y Car-

lomagno empezó a buscar entre los muertos hasta hallar el cadáver de su sobrino Rolando. Entonces, teniéndolo abrazado, se puso a llorar desesperadamente.

—¡Oh, mi querido Rolando! ¿Quién va a conducir ahora mi ejército? Tú eras mi orgullo, mi gloria y ¡ay! ya no te tendré más a mi lado! ¡Oh, qué funesto día fué ayer para la Cristiandad, para Francia y para mí!

Entonces uno de sus acompañantes le dijo:

—Señor, no te aflijas tanto. Manda que reunan en una parte del campo a todos los francos muertos por los sarracenos. Entonces procederemos a enterrarlos con gran ceremonia, como merecen tales héroes.

—Buen consejo—dijo Carlomagno.—Que toquen los cuernos.

Así se hizo, y al serles dada la orden, los hombres de armas fueron llevando a los francos muertos a un lugar del valle que estaba libre de cadáveres.

Con el ejército iban muchos obispos, abades y monjes, de modo que se pudieron celebrar espléndidos funerales por los fallecidos y se les enterró tributándoles grandes honores. Enton-

ces, no siéndoles posible hacer nada más por sus camaradas, los francos los dejaron.

Únicamente los cuerpos de Rolando, Oliveros y el Arzobispo Turpín no quedaron en tierra española. Fueron encerrados en tres blancos ataúdes de mármol, cubiertos de ricas sedas y colocados en tres carromatos que debían llevarlos a la hermosa Francia.

CAPÍTULO IX

LLEGADA DEL EMIR DE BABILONIA

El Rey Marsín huyó hacia Zaragoza, desde el campo de batalla en que perecieron todos sus soldados. Una vez llegado a la ciudad y en cuanto estuvo ante su palacio, descendió de su cabalgadura. Sus criados lo rodearon extrañados de ver a su señor llegar en tal estado de abatimiento y furor a la vez. Se desembarazó de su rota espada, de su abollado casco y de su cota de mallas, que entregó a los servidores. Luego se echó al suelo, ocultando su semblante entre la hierba.

Cuando la Reina Bramimonda se enteró del regreso de su real esposo acudió a saludarlo. Después de oir el triste relato de la batalla y de ver la mutilada muñeca de Marsín, se echó a llorar desconsolada. Dirigió terribles maldiciones a Carlomagno y a Francia, así como también a los dioses e ídolos que hasta entonces había adorado.

Cogió las imágenes de Apolín, Tervagant y

Mahoma y las rompió, echando los restos a los cerdos. Nunca se vieron ídolos tratados con tal desprecio.

La Reina, no contenta con esto, se golpeó el pecho, arrancó sus cabellos y dió gritos desgarradores. En cuanto al Rey Marsín, se encerró en una habitación abovedada, se echó sobre algunos almohadones y se negó a oir palabras humanas, pues su dolor era muy grande.

Pero mientras la Reina Bramimonda daba curso a su desesperación y el Rey Marsín permanecía silencioso sobre los cojines, una poderosa flota surcaba el Ebro.

Siete años antes, la primera vez en que Carlomagno llegó a España, el Rey Marsín mandó un emisario al anciano Emir de Babilonia pidiéndole ayuda.

Pero Babilonia estaba lejos y el Emir Baligant tuvo que llamar a sus caballeros y barones que estaban dispersados por los cuarenta reinos de que se componía el Imperio, y de esta suerte pasaron los años y el socorro demandado no llegaba.

Pero, finalmente, después de este lapso de tiempo, arribó a las costas españolas, y una vez

en ellas, buscó la desembocadura del río Ebro, por el cual penetró con todos sus poderosos barcos de guerra.

Durante el día, el río presentaba animado aspecto con las doradas proas de las naves y los multicolores pendones que sobre ellas ondeaban, y por la noche las múltiples luces y linternas colgadas de los palos se reflejaban en las aguas e iluminaban las riberas tiñendo de rojizos tonos los árboles y las casas que hallaban a su paso.

Por fin, el Emir desembarcó. Sobre la tierra extendieron una alfombra de seda blanca, y a la sombra de un laurel se sentó el soberano en un trono de marfil. A su alrededor se hallaban diecisiete reyes y los caballeros estaban en número incontable.

—Oíd, valientes guerreros—gritó Baligant.—Me he propuesto dominar a este Carlomagno, de quien se cuentan tan maravillosas historias, hasta el punto de que no se atreverá a comer sin mi permiso. Hace ya demasiado tiempo que está guerreando en España, y quiero llevar mi espada a Francia hasta que lo vea a mis pies muerto o pidiendo clemencia.

De esta suerte, Baligant formaba insensatos proyectos.

Luego el Emir llamó a dos de sus caballeros.

—Id a Zaragoza—dijo—y anunciad al Rey Marsín que he venido a ayudarlo. ¡Qué hermosa batalla daremos al hallarnos frente a Carlomagno! Dad a Marsín este guante bordado y esta maza de oro; decidle que en cuanto haya venido a rendirme homenaje marcharé contra Carlomagno. ¡Y si este Emperador no quiere arrodillarse a mis pies pidiendo gracia y renegar de la fe cristiana, le arrancaré la corona de la cabeza!

—¡Viva nuestro Emir!—gritaron los presentes.

—Y ahora a caballo, barones!—gritó Baligant. —Que uno lleve el guante y el otro la maza. ¡Apresuráos!

Los barones, obedeciendo, montaron en sus caballos y emprendieron la marcha hacia Zaragoza.

Pero al llegar a la ciudad oyeron gran ruido. Eran los sarracenos que lloraban, gritaban y maldecían a sus dioses Apolín y Tervagant y a su

profeta Mahoma, que nada había hecho por ellos.

—Oh, miserables de nosotros! ¿Cuál va a ser nuestro destino?—exclamaban.—La vergüenza y el infortunio han caído sobre Zaragoza. Hemos perdido a nuestro Rey, porque Rolando le cortó la mano. ¡Su hijo, nuestro Príncipe, también ha muerto y España entera está en manos de los francos!

Muy asombrados por tales exclamaciones, los dos emisarios desmontaron ante el palacio del Rey. Luego, después de haber subido las gradas de mármol, entraron en la habitación abovedada, en donde el Rey permanecía silencioso y la Reina lloraba desolada.

—Que Apolín, Tervagant y Mahoma salven al Rey y a la Reina—dijeron al entrar, inclinándose ante los soberanos.

—¿Qué tonterías decís?—exclamó Bramimonda.—Nuestros dioses y el profeta son unos cobardes. En Roncesvalles se han portado lo peor que puede darse. Han permitido que murieran todos nuestros guerreros. Han olvidado a mi propio señor Marsín, que ha perdido su mano en la batalla. Han permitido que muriera mi hijo y, por

fin, han tolerado que España quedara en poder de los francos. ¡Oh, somos víctimas de la miseria y de la vergüenza! ¿Qué va a ser de nosotros? ¿No habrá nadie que quiera darme muerte?

—Cesa de llorar, Señora—dijo uno de los mensajeros.—Somos enviados del Emir de Babilonia que ha venido a España a libertar al Rey Marsín. He aquí el guante y la maza de nuestro Señor. En el Ebro están anclados cuatro mil barcos y rápidas galeras. El Emir es rico, poderoso y perseguirá a Carlomagno hasta Francia, si es preciso, para aniquilarlo, perdonándolo solamente en el caso de que el Emperador se arrodille a sus pies clamando gracia; de lo contrario morirá.

La Reina, al oir estas palabras, movió la cabeza.

—No es tan fácil como creéis. Antes morirá Carlomagno que pedir gracia o emprender la fuga. Todos los Reyes de la tierra, comparados con él, no son más que unos niños. No teme a nadie.

—Cállate—dijo el Rey a su esposa.

Y volviéndose hacia los mensajeros añadió:

—Yo soy el que debo hablar. Me veis ahora

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

sumido en el dolor. No tengo hijos que puedan heredar mi corona. Ayer tenía uno, pero Rolando le dió muerte. Decid, por lo tanto, a vuestro Señor que si me presta ayuda le daré la España entera y yo seré su vasallo, con tal que él consiga la victoria sobre Carlomagno.

—Así lo haremos — exclamaron los mensajeros.

El Rey Marsín les relató entonces todo lo sucedido desde el día en que Blancandrín fué a parlamentar con los francos, hasta el momento en que él tuvo que huir a Zaragoza, solo, por haber quedado muertos todos sus caballeros.

Ahora — terminó diciendo Marsín, — Carlomagno se halla a siete leguas de la ciudad. Decid, pues, al Emir que se prepare para el combate. Los francos se disponen a regresar a su patria, pero no rehusarán la batalla que les presente Baligant.

Entonces, después de haberse despedido, los mensajeros se marcharon. Montando en sus cabalgaduras y muy maravillados por lo que habían visto y oído, emprendieron el camino hacia el campamento del Emir.

—¡Hola!—exclamó éste cuando los vió regre-

sar solos.—¿Dónde está Marsín, a quien os mandé traer?

—Está gravemente herido—contestaron los mensajeros.

Y relataron a Baligant todo lo que vieron y oyeron, así como lo que Marsín les encargó decir al Emir.

—Y nos ha prometido que si le ayudas—acabaron diciendo—te entregará todo el reino de España y se constituirá en vasallo tuyo.

El Emir inclinó la cabeza, pensativo. Luego, levantándose de su trono de marfil, miró orgullosamente a sus barones. La alegría reinaba en su corazón e insolente orgullo se pintaba en su semblante.

—No nos entretengamos, señores—gritó.—Dejemos los barcos, montemos a caballo y emprendamos la marcha. El viejo Carlomagno no ha de escapar. Hoy Marsín quedará vengado y a cambio de la mano que ha perdido, quiero llevarle la derecha del Emperador.

Y llamando a uno de sus principales barones, le dijo:

—Te doy el mando de la flota hasta mi regreso.

Luego montó en su caballo y escoltado por cuatro de sus barones, emprendió la marcha hacia Zaragoza. Descabalgó ante las gradas de mármol del palacio de Marsín y se encaminó a la estancia en que se hallaba el Rey.

Cuando Bramimonda vió al Emir, corrió a echarse a sus pies.

—¡Oh, pobres de nosotros! — exclamó llorando.

El Emir la levantó y los dos juntos fueron a donde estaba Marsín.

—¡Incorporadme!—dijo éste a dos esclavos, cuando se apercibió de la llegada del Emir.

Y tomando su guante se lo tendió, diciéndole:

—Mi Señor Baligant, con este guante te hago entrega de todas mis tierras. De hoy en adelante soy tu vasallo. ¡Yo y mi pueblo estamos perdidos!

—Tu pesar es muy grande—dijo Baligant,—pero ahora no puedo entretenerme hablando contigo, porque Carlomagno no me espera y quiero sorprenderlo desprevenido; pero ya que me lo das, acepto tu guante.

Entonces, contento al pensar que iba a ser Rey de España, Baligant tomó el guante. Apresura-

damente bajó los escalones de mármol del palacio, montó en su caballo y corrió adonde estaba acampado su ejército.

—¡Adelante!—gritó.—¡Los francos no pueden escaparse!

Y por esta razón, cuando ya Carlomagno, después de haber enterrado a sus héroes, se disponía a emprender el regreso, oyó gran ruido de cuernos, gritos, chocar de armas y piafar de caballos. Pronto por las colinas aparecieron los cascos de los caballeros y dos mensajeros del ejército infiel se adelantaron a toda brida hacia el Emperador.

—Orgulloso Rey, hoy vamos a derrotarte—gritaron.—Baligant, el Emir de Babilonia, está aquí y con él viene un poderoso ejército. Hoy veremos si realmente eres valeroso.

Carlomagno dió un violento tirón a su barba, mirando encolerizado a los mensajeros. Luego, enderezándose sobre los estribos, dirigió una orgullosa mirada a su ejército y con sonora voz gritó:

—¡A caballo, mis barones, y al arma!

Esta fué la contestación de Carlomagno al temerario mensaje del Emir. El Emperador fué el

primero en armarse y cuando los francos lo vieron cabalgar a la cabeza del ejército, cubierto por sus brillantes casco y coraza, y empuñando su espada Joyosa, gritaron:

—¡Viva el Emperador!

Luego, Carlomagno, llamando a dos de sus mejores caballeros, les dió al uno la espada y al otro el Olifante de Rolando.

—Llevadlos ante el ejército—les dijo.

Y cuando los cuernos dieron la señal de ataque, sobre todos se oía el fuerte y dulce sonido del Olifante de Rolando.

El día era claro y el sol centelleaba sobre los dos ejércitos reflejándose en el oro y las piedras preciosas de muchos colores que adornaban las armas y trajes de los combatientes. En las filas de los infieles había hombres terribles que infundían espanto con sólo mirarlos. Allí se veían moros, turcos, gigantes y monstruos de toda clase. Pero los corazones de los francos eran animosos y no sentían miedo alguno.

Pronto empezó la pelea de un modo terrible.

—¡Montjoie! ¡Montjoie!—gritaban los francos.

—¡Preciosa! ¡Preciosa!—exclamaban a su vez los infieles.

Éstos, al ejemplo de los francos, proferían un nombre derivado del de la espada de su jefe. El Emir se enteró de la fama de la espada de Carlomagno y llamó a la suya Preciosa en imitación.

El combate fué largo y terrible, y por ambas partes se realizaron proezas y temeridades sin cuento. Por último, el campo se vió cubierto de muertos y heridos, de armas rotas y ensangrentados pendones y banderas.

En lo más recio de la batalla se encontraron el Emperador y el Emir.

—¡Preciosa!—gritó éste.

—¡Montjoie!—contestó el Emperador.

Entonces empezó un terrible combate, cuerpo a cuerpo, entre los dos Soberanos. Saltaban chispas de sus espadas al chocar furiosamente una contra otra, pero los caballeros redoblaban sus ataques con no vista saña y valor. Tales fueron sus acometidas que las cinchas de sus caballos se rompieron y ambos cayeron al suelo.

Rápidamente se pusieron en pie los dos combatientes y reanudaron su combate

—Oye Carlomagno—dijo el Emir, sin cesar de asestar golpes a su contrario,—pídeme perdón, prométeme ser mi vasallo y te concederé, con la vida, España en feudo.

—No quiero paz ni amor con un infiel—contestó Carlomagno.—Adopta la religión cristiana y en adelante serás mi amigo.

—Prefiero la muerte—contestó el Emir.

Y continuaron el combate. De un poderoso golpe, el Emir rompió el casco de Carlomagno a quien, además, hirió ligeramente en la cabeza. El Emperador se tambaleó y estuvo a punto de caer como si sus fuerzas lo hubieran abandonado. Pero entonces su ángel guardián le murmuró al oído:

—¿Qué haces gran Rey?

Al oir Carlomagno la voz del ángel, recobró su fuerza y dando un furioso mandoble tendió muerto al Emir Baligant.

Entonces el Emperador recordó su sueño y vió que él era el que había obtenido la victoria y que el Emir era el león que lo atacaba en su sueño.

—¡Montjoie —gritó montando de nuevo sobre su caballo.

En cuanto los infieles se percataron de la muerte del Emir, emprendieron la fuga.

Terrible fué entonces la carnicería que los francos hicieron persiguiendo a los babilonios hasta las murallas de Zaragoza.

La Reina Bramimonda estaba en lo alto de una torre rogando en compañía de sus sacerdotes por la victoria de los babilonios. Pero cuando, desde su observatorio, los vió llegar en revuelta confusión y perseguidos por los francos victoriosos, profirió un agudo grito de desesperación, y yendo a la estancia en que se hallaba el Rey Marsín, gritó:

—¡Oh, noble Rey, nuestros aliados han sido derrotados! ¡Estamos perdidos!

Entonces Marsín agobiado por el dolor, exhaló el último suspiro.

En las mismas puertas de la ciudad se reanudó la batalla. Las calles estaban llenas de hombres armados, perseguidores y perseguidos, y antes de que se pusiera el sol, Zaragoza había caído en poder de los francos, que entraron en todos los templos y destrozaron cuantos ídolos hallaron.

Entonces todos los sarracenos que quisieron

fueron bautizados, y los que se negaron a ello, condenados a muerte. Así se hacía en aquellos tiempos.

Dejando una guarnición en la ciudad, Carlomagno emprendió de nuevo el regreso a Francia, llevándose cautiva la Reina Bramimonda.

En Blaye, a orillas del río Gironda, los tres héroes, Rolando, Oliveros y el Arzobispo Turpín, fueron enterrados con gran pompa y ceremonia y el Emperador, después de haber permanecido en dicha ciudad algunos días, marchó a su real sitio de Aquisgrán. Y una vez allí llamó a todos los nobles ancianos de su reino, para juzgar al traidor Ganelón.

CAPÍTULO X

EL CASTIGO DE GANELÓN

El Emperador estaba sentado en su trono, rodeado de todos sus nobles, cuando llegó Alda, la hermosa hermana de Oliveros, y fué a arrodillarse a los pies del trono.

—Señor—preguntó a Carlomagno,— ¿dónde está mi prometido Rolando?

Lleno de pesar, el Emperador inclinó la cabeza con los ojos inundados de lágrimas e incapaz de articular una palabra. Luego, tomando una mano de la hermosa Alda, le dijo cariñosamente:

—Querida hija mía, me preguntas por un hombre muerto, pero no te apesadumbres. No carecerás de noble esposo. Serás la mujer de mi hijo Luis.

Alda perdió el color de su semblante. Con ambas manos apartó el dorado cabello que lo cubría y dijo:

—¿Qué extrañas palabras son éstas? Si Rolando ha muerto, ¿qué me importan los demás hombres? ¡Quiera Dios que yo también muera!

Y cayó inanimada a los pies del Emperador.

Carlomagno y todos los presentes se figuraron que le había dado un desmayo; de modo que el Monarca la levantó en sus brazos; al fijarse mejor todos, comprendieron que estaba muerta.

Al convencerse el Emperador de la trista verdad, hizo llamar a algunas damas de elevada alcurnia, a las que entregó el cuerpo de la joven para que la llevaran a un convento y cuidaran de enterrarla con toda la pompa que merecía la que murió por el amor de Rolando.

Luego, atado con gruesas cadenas, hicieron entrar a Ganelón para ser juzgado. Sentado en su trono, el Emperador relató a los ancianos nobles que estaban a su alrededor cuál fué la traición del acusado y las consecuencias de su acto criminal.

Orgulloso y altanero como siempre, Ganelón se erguía ante sus jueces.

—Es verdad—contestó al ser preguntado.—No lo negaré nunca. Odiaba a Rolando y quise conducirlo a la muerte y a la vergüenza, pero esto no fué traición.

—Ya lo juzgaremos nosotros—contestaron los nobles.

Ganelón no perdió por eso su serenidad. Miró a los jueces con altanería y luego a sus treinta parientes que a su lado estaban.

—Oídme, barones—exclamó con voz serena. —Mientras permanecí a las órdenes del Emperador y tomé parte en las batallas, lo serví con fidelidad y amor. Pero su sobrino Rolando me odiaba. Él me condenó a la muerte, a una muerte miserable y vergonzosa, cuando, por su consejo, me mandaron a la corte del Rey Marsín. Valiéndome de la astucia, escapé de la suerte que me aguardaba; pero antes de marchar desafié a Rolando, a Oliveros y a todos los Pares, ante Carlomagno y sus barones. El Emperador estaba, pues, enterado de los sentimientos que me animaban y, por lo tanto, mi acto fué de venganza, pero no soy culpable de traición.

—Ya lo juzgaremos nosotros—contestaron los nobles.

Y fueron a deliberar a una estancia vecina.

Ganelón, al ver que las cosas presentaban mal cariz, dirigió la palabra a sus parientes y les rogó que trataran de obtener su perdón. Pero principalmente confiaba en su sobrino Pinabel, hombre inteligente que sabía hablar bien, y

Vió que estaba muerta

además buen guerrero, como no se hallara otro mejor.

—En tí confío—dijo Ganelón—para que me salves de la muerte y la vergüenza.

—Seré tu campeón—contestó Pinabel.—Si algún franco dice que eres traidor le demostraré que miente con la punta de mi espada.

Ganelón se arrodilló para besar la mano de su sobrino.

Y mientras los ancianos y los barones deliberaban, Pinabel hizo tan buena defensa de su tío que al fin todos convinieron en pedir al Emperador que por aquella vez perdonara a Ganelón, prometiéndole que en adelante le serviría fielmente, haciendo resaltar, además, que Rolando estaba ya muerto y todos los tesoros de la tierra no lo resucitarían. Era, pues, inútil el sacrificio de Ganelón.

Únicamente un caballero llamado Thierry no se conformó con estos propósitos.

—Ganelón es un traidor que merece la muerte —dijo.

Los demás, sin hacer caso de sus palabras, se presentaron a Carlomagno para darle cuenta de su opinión.

—Señor—dijeron,—venimos a pedirte que pongas en libertad a Ganelón. Es un caballero leal, aun cuando en esta ocasión obró mal. Ahora se arrepiente y en adelante te servirá con amor y fidelidad. Rolando ya está muerto y todos los tesoros de la tierra no bastarían a devolverle la vida.

Cuando el Emperador oyó estas palabras, palideció de cólera.

—¡Sois unos felones!—gritó.

E inclinando la cabeza sobre el pecho, añadió tristemente:

—¡Cuán desgraciado soy al verme así abandonado de todos!

Entonces se adelantó Thierry. Era esbelto, elegante y de marcial apostura.

—Señor—gritó,—no todos te abandonan. Por mis antepasados tengo el derecho de figurar entre los jueces de esta causa. La querella que pudieran haber tenido Rolando y Ganelón, no tiene nada que ver con el asunto de que se trata. Yo sostengo que Ganelón es felón y traidor. Voto para que sea ahorcado y su cuerpo devorado por los perros, porque tal es el castigo que merecen los traidores. Y si alguno de sus parientes dice

que miento, estoy dispuesto a probar la verdad de mis palabras con la punta de mi espada.

—¡Bien dicho!—gritaron los francos.

Entonces se adelantó al trono Pinabel, el sobrino de Ganelón. Era alto, fuerte y muy diestro en las armas.

—Señor—exclamó,—tú solo tienes derecho á sentenciar esta causa. Thierry ha osado pronunciar un fallo y yo digo que miente. Estoy dispuesto a batirme con él.

Y diciendo estas palabras, echó su guante a los pies del Emperador.

—Bien—dijo éste,—pero es necesario que me dés rehenes. Treinta de los parientes de Ganelón deben serme entregados hasta que el combate haya terminado.

Entonces Thierry, a su vez, se quitó un guante y lo dió al Emperador. Por su parte también entregó en rehenes a treinta de sus parientes, hasta que se viera cuál de los dos contrarios obtenía la victoria en el duelo que iba a tener lugar.

Fuera de las murallas de Aquisgrán había un hermoso prado y allí fué donde combatieron los dos campeones. Se instaló un trono para el Emperador y algunos sillones destinados a los no-

bles a fin de que pudieran contemplar cómodamente el espectáculo.

Los campeones llevaban brillantes armaduras y estaban ya preparados para dar principio al combate. Sonaron los cuernos y montando ambos a caballo se precipitaron uno contra otro. Se atacaron valerosamente; pero los dos, con los escudos, paraban con gran habilidad los golpes del contrario. Las corazas de ambos se rompieron por fin, y en una ocasión chocaron con tal fuerza, que los dos cayeron del caballo.

—¡Dios mío!—exclamó Carlomagno,—muéstranos cuál de los dos tiene razón.

Y entonces recordó su sueño del oso que tenía cautivo y cuya libertad reclamaban otros treinta de su especie y también al perro que salió de su palacio para combatir con el mayor de ellos.

Ambos caballeros se pusieron rápidamente en pie y empezaron de nuevo el combate.

—¡Ríndete, Thierry! — gritó Pinabel, — y en adelante seré tu vasallo y te serviré fielmente. Te daré mis riquezas, si quieres rogar al Emperador que perdone a Ganelón.

—¡Jamás!—contestó Thierry; — avergonzado

estaría de obrar así. Deja que Dios decida cuál de nosotros dos es el defensor de la verdad.

Y continuaron la lucha.

—Pinabel—dijo luego Thierry,—eres un verdadero caballero. Eres fuerte y osado y todos reconocen tu valor. Ríndete, pues; reconcíliate con Carlomagno y deja que la justicia se cumpla en Ganelón.

—De ninguna manera—contestó Pinabel.—Dios me prohibe que abandone a mi pariente y no me rendiré de grado ante ningún hombre. Prefiero la muerte que cometer semejante acción.

Entretanto, se asestaban terribles golpes. Sus cotas de mallas estaban ya rotas; las joyas de sus cascos diseminadas por el suelo. Thierry tenía una herida en la cara. La sangre que salía de ella le cegó, pero él, levantando su espada con toda la fuerza que le restaba, descargó tal golpe sobre el casco de Pinabel, que se lo rompió, partiendo, además, la cabeza de su contrincante.

Por un momento, Pinabel agitó su espada en el aire, pero en seguida cayó muerto al suelo. El desafío estaba terminado.

—Por el juicio de Dios se ha probado que Ganelón es un traidor—exclamaron los francos.—

Merece ser ahorcado en compañía de los treinta parientes que han respondido de su lealtad.

Y mientras el pueblo vitoreaba al campeón de Rolando, Carlomagno se levantó de su trono y yendo hacia él lo abrazó y lo besó en las dos mejillas, cubriéndolo, además, con su manto real. Luego, muy cuidadosamente, lo desarmaron los escuderos del Emperador y montándolo en una pacífica mula, lo condujeron a la ciudad para ser curado.

Carlomagno mandó a sus nobles ancianos que se reunieran alrededor del trono y entonces les preguntó:

—¿Qué debe hacerse a los rehenes de Ganelón?

—Darles muerte—contestaron los interpelados.

En vista de ello, el Emperador llamó a su verdugo y le dijo:

—Ahorca a todos esos en las murallas y si se te escapa alguno te juro por mi barba que morirás en su lugar.

—Ninguno se escapará—contestó el verdugo.

Y acompañado por un centenar de guardias, ahorcó a los treinta parientes del Conde.

Pero una muerte más horrorosa fué la que se

El pueblo lo maldecía al pasar

dió al traidor Ganelón. Se le ató de pies y manos y montado sobre un caballo de tiro fué conducido a través de toda la ciudad; así paseado, sufrió los insultos del pueblo. Luego lo llevaron fuera de las murallas, en donde muriera horas antes su campeón, y allí fué destrozado por caballos indómitos.

Y de esta manera murió el traidor Ganelón y fué vengado Rolando.

Cuando la cólera del Emperador estuvo satisfecha, llamó a sus obispos y les dijo:

—En mi palacio hay una prisionera de noble raza. Es Bramimonda, la Reina de Zaragoza. Ha abrazado la fe cristiana, abriendo sus ojos a la verdadera luz. Es preciso bautizarla para que su alma se salve.

Muchas damas se ofrecieron a apadrinar a la neófita y a la ceremonia acudieron los más nobles caballeros de la corte. Bramimonda fué bautizada con el nombre de Julia.

Por fin el Emperador pudo descansar. El día tocó a su fin y la tranquila noche halló a Carlomagno durmiendo. Pero mientras reposaba en su lecho, el arcángel Gabriel se le apareció en sueños y le dijo:

—Carlomagno, reune todos los ejércitos de tu reino y marcha a Ebira a socorrer al rey Viviano, porque los sarracenos lo han sitiado en su ciudad y los cristianos necesitan tu auxilio.

El Emperador se revolvió entonces en su lecho y lloró. Deseaba ardientemente el reposo después de sus grandes trabajos y fatigas, pero no podía desobedecer el mandato celestial.

—¡Ay—exclamó,—qué vida tan trabajosa es la mía!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS